

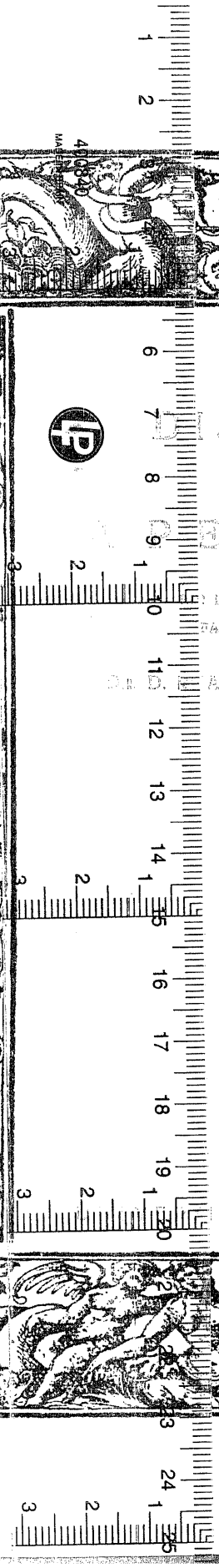
DISCURSO  
DE  
APERTURA

DE LA CATEDRÁTICO DE LA  
FACULTAD DE CIENCIAS

DR. D. ENRIQUE GRANADOS JARQUE



UNIVERSIDAD DE GRANADA



7



DISCURSO  
DE  
A P E R T U R A

POR EL CATEDRÁTICO DE LA  
FACULTAD DE CIENCIAS

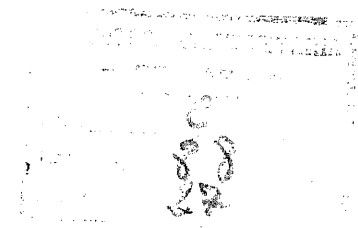
DR. D. RICARDO GRANADOS JARQUE



UNIVERSIDAD DE GRANADA



INTEGRACION SOCIAL DE LA  
ENSEÑANZA SUPERIOR



15. 38.537

DISCURSO  
DE  
A P E R T U R A

POR EL CATEDRÁTICO DE LA  
FACULTAD DE CIENCIAS

DR. D. RICARDO GRANADOS JARQUE



*Depósito legal: GR. 154-1961*

Imprenta «El Sdo. Corazón».—Plaza Arenas, 8. —Telf. 23319.—Granada

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
1961-1962

NECESIDAD DE COMUNICACION DEL  
:-: PENSAMIENTO INDEPENDIENTE :-:

Si es cierto, como se ha dicho, que el *conjunto* de ideas «desde las que un tiempo vive», constituye *su cultura*; el cambio de los tiempos, condicionado por el surgir o el fluir de las ideas, adquirirá cuerpo definitivo en la evolución de la cultura. Y si esto es así, implica la necesidad de comunicación entre quienes, de un modo

más directo, vivimos frente a la elaboración de tales ideas, en la práctica del método que las sugiere, desarrolla o rectifica; pues sin constituir *el conjunto*, motivo concreto de nuestro trabajo y enseñanza especializados, precisamente por el contacto con *nuestro método* y por razón humana, tendemos a forjar un complejo subjetivo que impregna intensamente nuestro pensamiento, influye en nuestra propia vida, y no puede dejar de traslucirse, de un modo u otro, en nuestra explicación o en nuestra forma de obrar vigilada por quienes reciben nuestras enseñanzas.

No se me escapa que, más en el profesor universitario especializado que en cualquier otro, es posible una posición ecléctica o, incluso, la neutralidad; pero tal grado de asepsia señala siempre una posición cuidada o estudiada para la supervivencia en un ambiente confuso. La neutralidad es, en suma, también una posición capaz de hacer escuela.

Es lamentable que tal ocasión de intercambio, especialmente entre los que usamos métodos de trabajo distintos para concretar objetos distintos, se presente tan pocas veces en una Institución docente con vuelos de *universalidad*, y si alguna vez se presenta sea sólo en los retazos de tiempo concedidos a la amistad; sin duda, esta falta de comunicación organizada y ordenada, conduce, por su defecto formal, al desequilibrio que se transmite a las generaciones cuya instrucción corre bajo nuestra responsabilidad. De tal modo no las formamos, sino que las abandonamos y nos abandonamos a una sociedad informe o deformada, donde el bullir de los intereses induce a la falta de independencia, rayana en la de personalidad; cuando en realidad esa personalidad debiera haberse desarrollado, a su tiempo, en nuestro ambiente, dentro del equilibrio.

Por este motivo, en medio de la parte de confusión debida a la falta de comunicación, quisiera hablar de *mi mundo*, y hablar de él con sinceridad, con el sólo cuidado de ser fiel al hombre, sin necesidad de medir la palabra y el gesto para encubrir la autenticidad; porque, si la comunicación debe darse ordenada, pública y abiertamente para tender a la eficacia y evitar el grupo, es, además, dentro del ámbito universitario, donde, si no siempre se da, generalmente se espera sinceridad e independencia de juicio como consecuencia del carácter formativo de la misión que acoge.

Quizás en ésta, como en cualquier otra ocasión solemne, hubiera resultado más sencillo hablar sin definición, evitando la conclusión; sencillamente, con neutralidad. Precisamente de eso que está tan en

contra de la maestría, de la docencia, de la Universidad, como la falta de ideal que llega a la capacidad de emerger en un mar revuelto importando poco la calma; como a eso de vivir y de tratar teóricamente de construir entre humanos, importando poco más que nuestro exclusivo prestigio.

Hubiera sido más cómodo hablar de nada para no dar que pensar, para que contentando a todos o no llamando la atención a nadie, no se discutiera ni se preocupara; pero no he encontrado nada tan contrario a un profesor (medio humano y activo de la transmisión del saber), como lo de encantar sin ocupar el pensamiento ni mover la voluntad.

El barniz, la anécdota, no significan cultura. Tener cultura equivale a saber captar, según el decir de Ortega citado al principio, «el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive». Y si el tiempo vive en la confusión como accidente de la rápida evolución en el pensar; como consecuencia natural del choque entre el conjunto concurrente de movimientos humanos engendrados por las ideas que nacen, las que se deshacen y las vigentes, que rigen, pero que están al margen de todo movimiento, precisamente porque rigen, es necesario poner claridad para llegar a una decisión que incluya los valores positivos logrados en cualquier tiempo: el hombre con su vida trascendente; la libertad individual y colectiva, forjada entre siglos y aún discutida; la sensación y logro del orden social humano, meta y deseo de nuestro tiempo.

Pero para poner claridad, aún si, como cristianos, deseamos hacerlo de acuerdo con los recientes documentos de nuestros Pontífices, construyendo una socialización como auténtica creación humana, es necesario edificar nuestro pensamiento; pues si todo documento Pontificio es definitivo, no es exhaustivo, ya que, en gran parte, significa inclusión o rectificación de la *creación humana* en busca de la verdad, aún de aquella (como en el caso de la reciente «Mater et Magistra»), realizada fuera del seno de la Iglesia. Y en cuanto a la rectificación y al repudio, también de la falsa «creación» que por el egoísmo del hombre hubiera surgido al supervalorar cuanto los documentos eclesiásticos tienen de prudente freno, con infravaloración de lo que significan en orden al avance positivo, para ponerlos a la medida de formas sociales caducas, acomodadas a los intereses de los comentaristas.

Al edificar nuestro pensamiento, debemos hacerlo con rigor; aún más, con justeza. «Pensar con justeza», dice Leclercq, «es mucho más

largo y más difícil que citar muchos autores». «Eso no requiere inteligencia, cuando más un poco de tiempo». Es más difícil pensar, «porque supone instrucción y formación de espíritu sobre una base de personalidad imposible de adquirir cuando no se la tiene».

«Pensar supone también vida moral. El que sólo está preocupado de sí mismo, es incapaz de pensar con justeza».

Pensar es necesidad de todo profesor en quien las anteriores cualidades, incluyendo el desinterés, deben darse por supuestas; pensar, es incluso obligación de todo universitario que se instruye, profesa y se entrena en una formación que tiende a desprender el egoísmo de la práctica de la vida, para llenarla de verdad.

Si queremos pues, poner claridad, es necesario que pensemos con justeza y actuemos en concordancia con nuestra reflexión. Y para ello se requiere, como condición previa, desarraigar de nosotros todo egoísmo, renunciando a cuidadas posiciones, que a lo más, por halagar al tiempo, estarán de acuerdo con la ética del tiempo, o incluso, con la del lugar que nos aplauda, pero en modo alguno lo estarán con su *honrado deseo*; el deseo, por deseo, ni se cumple en la generación, ni tiene espacio.

Aunque la interpretación de las ideas que se proponen a nuestro conocimiento no puede ser subjetiva, ni de exclusivo dominio individual en toda su extensión, para tender a la exactitud y en atención a la limitación humana. A la altura de la vida universitaria es necesaria una aportación por modesta que sea, y en todo caso, una reacción frente al conocimiento que adquirimos.

Por creer en la vida a esa altura, no creo en la eficacia de una conferencia en la que alguien, con el rigor de una documentación ajena, y en pro de la brillantez en la exposición propia, no tiene en cuenta el fluir normal de las ideas que sugiere la presencia del hombre que atiende escuchando en silencio, que si realmente vive el momento, tiende a captar el conocimiento que se le propone y a reaccionar situándose en él o ante él. Creo más en la eficacia del diálogo, aún de ese diálogo silencioso que quien habla percibe en la reacción del que escucha; que rectifica, aprueba o contradice. Por eso no he querido dar al discurso sentido de conferencia, sino de base para la reflexión, la discusión, y aún, si queréis, polémica, aunque no fuera más que por salir del marasmo que envuelve, sin aquietar ni tranquilizar; pues tranquilidad, decía S. S. Pío XII, «no tiene nada de común con el aferrarse duro y obstinado, tenaz e infantilmente terco a lo que existe; ni con la repugnancia, hija de la

pereza y del egoísmo, a aplicar la mente a los problemas y a las cuestiones que el andar de los tiempos y el curso de las generaciones, con sus exigencias y con el progreso, hacen madurar y arrastran consigo como inaplazable necesidad del presente.»

Si en alguna ocasión notáis aspereza en mis palabras, ved en ello, tan sólo, el tono de la esperanza según la explica, en el orden puramente natural, Santo Tomás de Aquino; como «una pasión que radica en el apetito irascible; o sea en la tendencia fundamental que nos lleva a superar con ímpetu lo que se opone a la consecución del bien, apetecido por el concupiscible. Es reacción activa y agria que secundan otras dos pasiones: la audacia y la ira».

Y si, al decir de Fray José López Ortiz, a quien pertenece la anterior cita tomista, «cuando se han dominado las artes de aparentar cortesías para herir más hondo y más seguro, es que la juventud ha quedado muy atrás», prefiero seguir en la línea de la claridad; no fuera que al dejar tan lejos la juventud, quedara con ella toda esperanza.

#### EL HOMBRE, LA MASA, LA CULTURA

Nuestro tiempo (repito lo que hace dos años dije hablando a estudiantes en este mismo Paraninfo), no es tiempo de conferencias; cada vez más se van sustituyendo por otras formas de comunicación con intervención del *conjunto*, que dejando de ser mero auditorio, mantiene una atención activa. El fenómeno llega hasta el espectáculo, hasta el teatro; es un fenómeno auténtico de nuestro tiempo al dar sensación de *presencia* de la *masa con ánimo y voluntad de individualidad*.

La cultura, aunque con otra extensión y otro conocimiento, como en la Edad Media, y a diferencia de la explosión humana del Renacimiento, no es ya de minorías selectas y perfectas; de hombres cultivados, sino de *masas con ambición de participar individualmente de ella* y hasta de verse envueltas en la creación y el descubrimiento. Nuestra época es, sin duda, la de un Renacimiento colectivo, con las limitaciones que al Renacimiento individual impone el despertar de la colectividad. Por esto, los moldes antiguos del teatro, de la conferencia, de la enseñanza, deben progresivamente modificarse hacia la *extensión* y la *complejidad*, en busca de una solución individual y humana de la masa.

Si estas apetencias y esta transformación que exigen los tiempos; el progreso de los tiempos, han de tener realidad, es necesario incluirlas en los métodos educativos en general, y en especial, en el método de la Enseñanza Superior, de la Universidad, Institución formativa por excelencia, fuente directa o indirecta de toda Enseñanza Superior, tanto Científica como Técnica.

Si las Instituciones docentes, en su conjunto, se divorcian, por arcaísmo en su *organización y relación*, de las aspiraciones vigentes, se convierten en un instrumento más de la confusión, que mantiene la desazón social. Más; si es bien cierto que una ruptura de la unidad formativa, afianzada por hechos sociales pasados, es ficticia; cuando la necesidad de cuanto sus partes representan pasa a primer plano, si tal ficción no desaparece, falsea la formación y dificulta gravemente el progreso del país, por estar en contraposición con la realidad actual.

Aclarando lo que en ese sentido hemos querido decir de la fuente común de toda enseñanza superior científica y técnica y de la necesidad actual de entroncarlas, evitando el arcaísmo que las dejó falsamente sin relación al crear dos tipos aislados de enseñanza superior; quizás acertados en las diferencias de aptitud, pero en modo alguno defendibles en cuanto a la integridad humana, ni por las consecuencias económicas de su separación, transcribimos la significativa opinión de M. Louis Armand, presidente de la Red de Ferrocarriles franceses: «El hecho, dice, de que los técnicos y los investigadores no se hayan sentado en los mismos bancos de la escuela es un factor muy lamentable en la historia de la formación de nuestra juventud. La importancia de la Ciencia como colaboradora de la técnica, se demuestra, por ejemplo, en la realidad de que el 85 por 100 de los geólogos que realizan investigaciones en el Sahara y en otros lugares de Francia proceden de la Universidad. Esto demuestra que la separación entre el técnico y el científico no es tan radical como pueda parecer, como tampoco lo es la separación de las Escuelas Especiales y la Universidad» (de la ponencia «Especialización», del primer seminario de Enseñanza Superior Científica y Técnica).

En consecuencia, aunque así sea (cada vez menos), en el aspecto administrativo, nosotros no podemos considerar desde ahora una división de misiones y aún de método general entre los distintos Centros de Enseñanzas Superior, llámense o no Universidad. Tomen el nombre que quieran o el que les dió una tradición no muy lejana; todos ellos están sometidos al signo de los movimientos actuales,

que se traduce siempre, en el aspecto instructivo, en una popularización de la cultura. La riqueza, en la acepción corriente todavía en nuestra sociedad en tránsito, será bien material de pocos; la Cultura y la profesión son bien humano, necesidad y fuente de riqueza de todos. Cuando hoy son las masas las que se rebelan, revelan y exigen, la Cultura se hace masiva, la profesionalidad agobiante. El problema está en no perder de vista al hombre que forma estos conjuntos, sea de científicos, de técnicos o de obreros calificados; es decir, no olvidar que se trata de masas humanas, dentro de las cuales cada uno adquiere conciencia de utilidad e independencia de desarrollo, gracias a su profesionalidad.

Así, la más estridente revolución de nuestro tiempo, la revolución rusa, se ha traducido en un aumento masivo de la población escolar, en una drástica disminución del endémico analfabetismo de su pueblo, y en una continuada generación y dispersión de sus centros de enseñanza y de Investigación Científica y Técnica; en una verdadera pulverización de las especialidades profesionales, que el Estado, en su férrea centralización sintetiza y proyecta sobre el mundo como la razón y el ejemplo de una doctrina avasalladora, que hace de la propia ciencia su mito religioso.

Rusia posee: 200.000 científicos, 33 universidades, 732 Institutos especializados de Enseñanza Superior; gradúa 265.000 especialistas en un año; poseía 890.000 ingenieros en 1955, mientras los Estados Unidos contaban con 760.000; forma 400 de tales técnicos por millón de habitantes, mientras los Estados Unidos forman 200 y la comunidad económica europea solo 70. La Academia de Ciencias soviética tiene a su cargo 90 Institutos de investigación e influye sobre otras 300 instituciones científicas del mismo orden, y el estado declara que gasta para la investigación científica 12 billones de rublos, es decir, aproximadamente el 2 por 100 de sus ingresos brutos.

Evidentemente, nos hallamos aquí ante un caso extremo, en el que sólo se ha tenido en cuenta la extensión cultural y profesional como fin económico, relegando el problema del hombre a un segundo plano, subordinado totalmente al hecho social científicamente dirigido.

Si de ahí pasamos a países más próximos, observamos un movimiento semejante, pero tratado desde un punto de vista inverso, es decir, de ir al logro de la misma extensión masiva de la cultura, pero con integración del hombre. Tal es el caso de la cultura americana, ejemplo occidental del problema de masas, de análogas ca-



racterísticas extensivas que en la Unión Soviética, pero sin hecho revolucionario actual, sino con la tendencia de conservar la libre individualidad dentro del número, teniendo en cuenta el sistema activista de su economía fundado en la múltiple, sucesiva, dinámica, iniciativa individual que depende de la sociedad que la sustenta y la inmerge.

En una escala más limitada, por europea, ocurre con las Universidades inglesas y, en general, con los Centros de Enseñanza Superior del continente, con o sin nombre de Universidad, pero con criterio cada vez más solidario de organización, para llegar al hombre como miembro consciente, libre y útil a la comunidad en que se desenvuelve gracias a una aptitud intelectual, que convenientemente cuidada y desarrollada, se convierte en profesión.

Por sus características especiales, dentro de la norma general, se destaca el ejemplo de Israel, donde la extensión de la profesionalidad científicamente desarrollada, se combina, hábil y decididamente con la estructuración de una comunidad; incluso, con la regeneración de una nacionalidad que implica la rehabilitación y actualización de sus características culturales.

La idea de cohesión para la extensión, toma cuerpo en todas partes, porque, actuar *negativamente* frente a una concepción de vida que todavía no se ve claro si ha asimilado suficientemente la concepción humana; demostrar incapacidad creadora científica o técnica, sería no estar seguros de la solidez del ideal que se sustenta, o complejo de impotencia para asimilar la propia creación humana impulsada bajo el signo de la Ciencia Occidental y desarrollada hasta lo incalculable por la realización social.

#### SENTIDO DE LA PERSONALIDAD Y DE LA MINORIA

En muchos ambientes se considera todavía la Enseñanza Superior como medio formativo de la minoría selecta y aún rectora de la Sociedad. El hecho de la influencia de las generaciones universitarias sobre la vida nacional, no implica necesariamente esa misión en la Enseñanza Superior, ni con *exclusividad*, ni como *fin primario*.

Sin embargo, este aspecto ha sido fundamental durante un dilatado período, como señala el Cardenal Newman, en las Universida-

des inglesas; pero hay que tener en cuenta que en aquel tiempo no había irrumpido todavía la Investigación Científica *organizada, gestada* en la Universidad alemana; motor definitivo del hecho profesional y social.

Semejante idea, se repite todavía con reiterada frecuencia, pero con poca realidad.

Sánchez Agesta, comentando a Ortega, traza la «teoría del hombre selecto o excelente, y de la nobleza como sinónimo de vida esforzada»; así el estudiante ha de buscar en la Universidad la forma de exigirse más que los demás; el sentido de la austeridad, la exigencia en el rendimiento, una laboriosidad sincera. Y este selecto aspira a «ser mejor» porque siente la inquietud de serlo y aplica a su conducta una exigencia rigurosa y una autocrítica más sincera. Porque selecto es el que apela «de sí mismo una norma más allá de él, superior a él, a cuyo servicio libremente se pone» ¿Busca todo esto el estudiante actual que va a la Universidad?, se pregunta Miguel Beltrán, en un trabajo inédito fechado en 1959. «Lo que es cierto, responde, «es que al menos debiera buscarlo. Formación, seriedad, autoexigencia; todo ello puede pedirlo el estudiante, todo ello, es pues misión de la Universidad».

El estudiante puede exigir todo eso de la Enseñanza Superior, formación y seriedad desde luego, pero no es necesario que todo estudiante lo exija, y que sólo quien lo exija tenga lugar en la Universidad; basta que ésta, en su aspecto formativo que nunca debió abandonar, lo fomente en quien lo exija y lo siembre en quien no lo exija, aún a sabiendas de que nunca lo exigirá.

Es más, concretando en nuestra Institución (pues es a ella a quien siempre se dirigen las críticas, y con la que siempre se teoriza), «la tolerancia de una moderada proporción de ligereza y desinterés por la Ciencia», según Rafael Gibert, «es propio de la forma histórica de la Universidad».

Una Universidad, dice S. C. Roberts en su obra *British Universities*, «debe ser, sin duda, lo suficientemente amplia y universal para educar hombres y mujeres, tanto en el arte de vivir, como en las ciencias y artes. Si el escolar se muestra ineficaz para la lucha con algunos de los problemas prácticos de la vida, ¿se le negará la escolaridad? Si, por otra parte, el hombre que muestra agudeza y excelentes cualidades dirigentes, no llega más que a una calificación de tercera clase en su grado, ¿qué daño se hace? Ha tomado contacto con los escolares y se ha iniciado en lo que significa la escola-

ridad; el escolar, por su parte, ha comprendido que un hombre que académicamente es de tercera clase puede tener todavía su papel en el mundo e incluso en la Universidad».

No sólo pues en el aspecto moral, sino tampoco en cuanto al ejercicio científico, quizás no en el profesional, debe esperarse una exigencia general de gran altura, ni es deseable una selección extremadamente rigurosa. Es más el beneficio que puede lograrse con la comprensión y compensación de cualidades, que el perjuicio que indudablemente traería consigo todo aislamiento de cada una de ellas.

La Universidad, en el estado actual, no puede desentenderse de la profesionalidad en relación con la sociedad, ni limitar su formación e instrucción a minorías; *sería inoperante cuanto debiera ser ejemplar*. Es necesario que tales minorías surjan del seno de la docencia, *en la convivencia*, para que de derecho y de hecho puedan ser dirigentes.

Las personalidades fuera de serie, las que trascienden, no sólo de lo económico y lo biológico, sino incluso de lo social, no son el objeto de la Universidad, pero es necesario que toda Enseñanza Superior las descubra, o al manifestarse las respete y desarrolle, encajando las actuaciones de la voluntad alrededor de una cualidad dominante del sujeto, de la que éste tenga pleno conocimiento y en la que adquiriera profundidad. Pero es necesario también que la base de personalidad media alrededor de la aptitud de cada uno, no se pierda; en todo caso, la superior servirá de ejemplo, pues es ésta la que siempre, de un modo u otro, impulsa el avance humano.

Es interesante observar como, en gran parte, las figuras que han influido en el desarrollo de una época y en la creación de la siguiente, es decir, las figuras que han hecho época, han sido producidas por ella, con sus características acusadas, con todos los errores de la época, contra los que han luchado (se han exigido), venciendo o no, y a cuya lucha, llevada en mayor parte contra sí mismos, han sabido dar un cauce ideal, no dejándose arrastrar por la turbulencia del ambiente, en el cual han hallado siempre la negativa, sin que ello les haya hecho perder la esperanza.

Pero a pesar de la negativa, el éxito de esa rebeldía, estriba en que recoge en cierto modo una aspiración general de la propia sociedad que niega al rebelde. La sociedad busca, de cuando en cuando, la evasión del ambiente, y la personalidad que encarna el sentido de esa evasión, se la proporciona.

Por más organización, por más socialización, la propia dinámica de la vida humana exigirá la presencia, a su tiempo, del rebelde como manifestación estridente de la libertad que no se agota, que es inherente al hombre, que no es deseo, sino realidad en todas las épocas y en todos los ambientes.

Pero no son las personas, sino la continuidad de una obra, lo que dura; obra realizada por personas, continuación de una gran personalidad a través del tiempo; personalidad que supo crear una forma, un modo de ser; quizás con el prisma de un tiempo, pero siempre a contrapelo o espoleada por los defectos del tiempo. En general, una Institución o una reforma, lleva en sí un arte de ser o de actuar, creado por un hombre, que domando o no sus defectos, síntesis de los defectos de su época; siempre luchando con ellos o temiéndolos, ha tendido a la perfección elaborando ideas capaces de resistir siglos, conservando un ambiente propio, aún dentro de ambientes extraños y hasta hostiles. Fué una rebeldía que arrastró; que sembró de zozobra, de angustia y de sentido, la vida del que la inició y que se perpetúa a través del tiempo con dificultad también para los que de un modo correcto la continúan.

El genio, la arrolladora personalidad, debe existir, surgir a su tiempo; pero no todo debe ser rebeldía (el exceso agota), es necesaria la organización para que haya continuidad. Se requiere normalidad, para que la norma edifique.

Si vaciáramos de la historia de la civilización, las aportaciones españolas actuales, encontraríamos espacios como los de Picasso en la pintura, Gaudí en la arquitectura moderna, Cajal en la biología. Aportaciones, no sólo valiosas, sino insustituibles, pero pura, estrictamente personales; de rebeldes, que en suma, no fueron seguidos por su sociedad, ni hallaron tras de sí la Institución permanente que marcara la continuidad que en otros países ha sido una fuente inagotable de personalidades normales que han edificado la Ciencia. Quizás alguno sembró la inquietud, pero eso no basta; es necesario un sedimento de paz, para dar lugar a la ductilidad.

Es necesario que la organización humana de toda enseñanza Superior; que no estriba exclusivamente en aulas, laboratorios, seminarios especializados, sino en Colegios Mayores y asociaciones que nacen y se nutren alrededor de todo conjunto docente (pocas veces de centros aislados), sea capaz de medir, de descubrir cualidades que infundan al sujeto confianza para llegar a la satisfacción de su personalidad, sintiéndose útil a la sociedad.

Y si la permanente actualidad de una Institución o de una comunidad estriba en ser una fuente de rebeldía, de lucha contra los defectos propios y contra los que del ambiente adquiere; en el descubrimiento del hombre que oportunamente recoge y da forma a una esperanza de perfección como anhelo del conglomerado humano que la constituye. Yo quisiera que la Universidad, en su perennidad en el tiempo, fuera también fuente de pequeñas rebeldías (no siempre hay que hacer época); de personalidades medias bien desarrolladas, que en ella y en sus Instituciones, encontraran la base de organización necesaria para el progreso de la Ciencia, de la sociedad en suma.

Ahora bien, tal organización para que sea eficaz y social, deber, a su vez, una *organización rebelde, independiente* de estructuras de ambiente externo, precisamente para el mejor servicio a ese ambiente, a la sociedad misma.

#### SENTIDO DE LA ORGANIZACION UNIVERSITARIA

En el mundo provisional en que hoy vivimos, surgen a cada instante expresiones como las de *coexistencia* y *convivencia*, que vienen a sustituir, por obra del liberalismo, al concepto permanente cristiano de las relaciones humanas; es decir, frente al término cristiano sinónimo de unión, respeto, comprensión, corrección individual y ayuda mutua, en pro de una trascendencia común, se pone otro, libre de toda trascendencia; el de la *convivencia*, que entraña y reconoce ya desde su raíz, la división, la separación profunda. Se habla de convivencia de las clases sociales, admitiéndose el hecho de la división de la sociedad en *cuadrillas* opuestas con intereses encontrados. Se habla de *carreras*, de *profesiones*, de *oficios*; más en tal sentido clasista que en el de la verdadera acepción de *profesión*, que consiste (repetimos), en el humano, individual y adecuado empleo de las propias facultades convenientemente cultivadas, en utilidad, servicio y progreso de la sociedad que nos incluye.

Decía el Papa Pío XII, y lo ha recordado S. S. Juan XXIII hablando de Alemania: «La tremenda catástrofe de la última guerra ha producido en Alemania el beneficio de que muchos grupos sociales, libres de prejuicios, libres de egoísmo de clase, mitiguen las diferencias que los separaban y engranen mejor los unos con los otros».

Y *engranaron* de tal modo, que, cuando la ruina, la devastación, el vacío material más tremendo que país alguno pudo conocer en los tiempos modernos, condujo al recurso del hombre para reconstruir lo permanente, se encontró, al final, con una organización social, de tal modo coherente, que ha permitido decir al Sr. Obispo de Málaga, D. Angel Herrera: «En el caminar hacia una sabia, cristiana y justa organización de clases, Alemania va tal vez a la cabeza»; y es porque, sí como ha recordado el propio D. Angel: «La existencia de clases sociales es conforme a la naturaleza. Nace de las desigualdades de los hombres. Nace también de la virtud y del trabajo», tales desigualdades, en el orden técnico, profesional y moral, no son tan menguadas ni tan rígidas como para constituir bloques distantes y estáticos sin posibilidad de engranaje para llegar a la auténtica unidad social, dentro de la variedad y de la limitación individual.

En el orden técnico, el engranaje y la permeabilidad se establecen, mediante la profesionalidad; mediante la *diversificación* de la profesionalidad, con la cual cada hombre adquiere conciencia de su utilidad y abarca el matiz adecuado a su aptitud; por eso, en los países unidos, en los que adquieren conciencia de sociedad, la *especialización*, que reconoce la limitación y requiere la cooperación humana, está muy avanzada y en continuo desarrollo.

Cuando la posición de sólo dos grandes clases sociales, «propietarios y braceros», según D. Angel Herrera, «se puede decir que es rígida y estática. La organización es insostenible. Es violenta». Se puede decir que es insostenible y violenta, por su desprecio a la aptitud humana, que ofende la propia *calidad humana*, y la violencia se hace más patente por el sentido estático de la situación anómala. «Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad», añadía Pío XII en su mensaje de Navidad de 1943, «concurra por su parte a devolver a la persona humana la dignidad que Dios le concedió desde el principio; opóngase a la aglomeración de los hombres, a manera de masas sin alma; a su inconsistencia económica, social, política, intelectual y moral».

En el campo que a nosotros nos corresponde, todo eso se logra mediante el desarrollo del nivel cultural ordenado hacia la coherencia profesional; mediante la *especialización*, que cubra todas las aptitudes humanas para dar cuerpo, de este modo, a cuanto reclama el progreso económico y social. Si en Alemania ha sido posible el engranaje rápido, lo fué porque se contaba con la diversidad de las

piezas y con el precedente de una organización industrial y docente, que lo hicieron posible al desmoronarse los prejuicios históricos.

Albareda, en sus «Consideraciones sobre la Investigación Científica» indicaba en 1951: «Alemania, tenía, hasta hace pocos años, una sola Facultad de Filosofía, en la que estaban incluidos todos nuestros estudios de las Facultades de Ciencias y Filosofía y Letras. Con un título de Filosofía se llenaba ese campo inmenso, que quizá es más fácil señalar por exclusión; todo lo que no es Teología, Derecho, ni Medicina, entraba en la Facultad de Filosofía: desde la Agricultura hasta las lenguas antiguas o modernas, desde la Geología hasta el Arte y la Historia. La gigantesca especialización de la Universidad Alemana se desarrolla en el amplísimo marco de esa Facultad. Cuando en los últimos años se ha desgajado de la Facultad de Filosofía lo que aquí incluimos en las Ciencias —todas las Facultades son de Ciencias— se ha llamado a la nueva Facultad *mathematischnaturwissenschaftliche*».

«La especialización no requiere», añade, «esa división de Facultades a que ha llegado la organización de la Universidad soviética: la Universidad de Moscú tiene Facultades de Física, de Mecánica y Matemáticas, de Química, de Biología, de Geografía, de Geología y Ciencia del Suelo, de Historia, de Filología, de Filosofía, de Derecho, de Economía y departamento de Enseñanza por Correspondencia, que tiene rango de Facultad».

William A. Robson, refiriéndose a las Universidades inglesas pone de manifiesto «la gran diversidad que existe en el número, título y carácter de las Facultades», «puesto que cada Universidad es responsable de su propia organización». «El número de las Facultades varía desde dos en Hull hasta veinte en Cambridge. Las Facultades de Artes (que corresponden a las Facultades de Letras de muchos países continentales), existen en quince Universidades, mientras que catorce tienen Facultades de Derecho, Ciencias y Medicina. Fuera de este cuarteto existe una gran variedad. Hay una Facultad de Metalurgia en Sheffield, de Tecnología en Leeds y Manchester, de Comercio y Ciencias Sociales en Bristol; de Arqueología y Antropología en Oxford; de Ciencias Políticas y Económicas en Londres. Hay Facultades de Música en cinco Universidades y de Educación en seis. El hecho que no haya una Facultad destinada a una materia en concreto no significa, por supuesto, que esta materia no se enseñe; porque puede ser enseñada en otra Facultad bajo un nombre diferente».

Nos encontramos ante sistemas distintos, desde luego; pero todos tienen de común el hecho de su estructuración basada en un criterio de responsabilidad y servicio, en cuanto a instrumentos forjadores del material humano que la sociedad necesita para su desarrollo; es decir, en un criterio de organización de enseñanzas para el cultivo y dirección de aptitudes humanas, y como humanas flexibles, hacia la diversidad profesional. A la especialización, a la creación de profesiones, puede llegarse desde la unidad, desde la diversidad, y con flexibilidad, pero nunca desde el *estancamiento* o desde el aprisionamiento de los Centros de enseñanza en una cuadrilla o clasificación actual de la sociedad; estableciendo, por decreto, límites estrechos a una ambigua profesionalidad, fundados exclusivamente en transacciones de intereses ajenos a todo sentido docente.

Si dentro de cualquiera de esos sistemas, cuyo espíritu surgió en un tiempo, se aprisiona el correr del pensamiento o se impide la continuada afluencia de nuevos matices profesionales, la propia sociedad que lo mantenga, se estancará; se verá superada, desbordada, por quienes siguieron un criterio más reciente por evolución o salto. Tal sucede hoy con algunos países occidentales que todavía viven dentro de la administración napoleónica, que si fué buena en su tiempo, su propia permanencia la hizo despreciable a la larga. Muchos de ellos toman hoy como referencia la organización escolar soviética, de evidentes frutos en la educación científica y técnica; pero si tal sistema no tiene posibilidades de evolución, si no trasciende de la clasificación actual, llegará también al estancamiento y a la inoperancia.

En los países cuya organización social sigue el impulso normal de las ideas que se perfeccionan, el servicio de los Centros de Enseñanza Superior a la dinámica de las necesidades sociales, nunca se establece desde el estancamiento de tales enseñanzas como consecuencia de intereses fraccionarios, que la enseñanza en sí, ni debe crear ni fomentar, en su dedicación a los recursos humanos. En beneficio de su crecimiento y continua adaptabilidad a las necesidades sociales, debiera ser independiente de todo interés no docente.

Por otra parte, el servicio actual de la enseñanza a la sociedad, exige una organización *independiente* y *dinámica*, para no caer en el servilismo de los vicios actuales de cualquier época, que corren el peligro de convertirse en norma permanente por derecho de costumbre.

«La flexibilidad de la organización de las Facultades en las Uni-

versidades británicas, dice W. A. Robson, revela un nuevo aspecto de su autonomía; y la organización de las Facultades puede tener una profunda influencia sobre la evolución y auge de nuevas materias o la supervivencia y predominio de otras cuya importancia declina».

La enumeración que hace Ortega, al referirse a las Facultades universitarias españolas, materialmente la misma que la de la Universidad medioeval, es bien pobre, pero reflejo de la pobreza profesional que nutría nuestra sociedad de la preguerra: Médicos, abogados, farmacéuticos, profesores de segunda enseñanza. Hoy, es posible que las especialidades y las profesiones se hayan multiplicado; y digo, es posible, porque si así es en sentido práctico, no lo ha sido en el formativo; puesto que tales nuevos especialistas, que ha ido requiriendo el progreso material de la sociedad, siguen saliendo de la misma Universidad uniformista de Ortega; que para especializar, para crear nuevas profesiones (para lo cual, por otra parte, no está autorizado ningún centro de Enseñanza Superior), salvando recientes aportaciones muy dignas de tener en cuenta, ha reaccionado añadiendo más disciplinas obligatorias al currículo fundamental de algunas profesiones clásicas o quitando todo período fundamental a carreras concretas; interesando más, en todo caso, la tendencia a la fracción que el carácter formativo.

Para nada se ha afectado su organización, su sentido, que parece ser perfecto por lo inmutable, o indiferente por despreciable. Si la sociedad quiere un instrumento de formación que la sirva, debe darle capacidad de servicio.

Para dar a los Centros de Enseñanza Superior una organización que siga e impulse la formación en la profesión y la creación de profesiones al ritmo que la sociedad las necesite, debe prescindir por completo de un excesivo encasillado de la profesionalidad, para tomar como base la consistencia de la enseñanza, la dirección y el desarrollo de las aptitudes dentro de un plan general de disciplinas, estructuradas por fuentes de conocimiento, desenvueltas con unidad y relación hacia sus posibles y graduadas derivaciones. El matiz, lo captará el individuo, señalando su aptitud, que desarrollará en el período de especialización que el Centro le ofrezca en su variedad monográfica.

Los ejemplos que continuamente sacamos del extranjero, no son para copiados, pues, por otra parte, los tenemos bien diversos, de uno a otro extremos; sino para captar el espíritu, la razón, la causa

del evidente progreso docente en los países que citamos. Nunca pueden servir para justificar una actitud, ni para adaptarlos a una organización de enseñanza que está totalmente en contra de los principios que sugiere el ejemplo de quienes han querido dar a sus instituciones docentes una estructura, quizás equivocada, pero acorde con un pensar en el que sólo se ha tenido en cuenta la razón formativa; el hombre con sus facultades intelectuales que es necesario desarrollar y aprovechar hasta el máximo, en su propio bien y en el de todos. Cuanto se haga para cambiar la forma, manteniendo el vicioso espíritu, será baldío o equívoco.

Si se acoge un principio centralizador, deben tomarse las debidas precauciones para cumplir con la extensión y evitar que, la Universidad en concreto, se convierta en un centro administrativo y «representativo», como ocurrió en el pasado siglo, cuando se llegó, incluso, a la construcción de edificios universitarios con grandes salones rectorales, pero sin aulas; no hablemos de Laboratorios, porque todavía éstos gozan, dentro de gran parte de muchos claustros, de sutil impopularidad.

Si nos inclinamos por la liberalización, que soluciona, en gran parte, la contribución al número, a la extensión dentro del carácter, cuidemos de que no se convierta en estratificación que mantenga la impermeabilidad social. No importa la multiplicación de los Centros ni la diversificación de cada uno, la misma necesidad de extensión y de especialización lo pide.

Tanto en un caso como en otro, deben garantizarse, la unidad de la institución docente, que le dará estilo; su independencia, fuente de iniciativa; y su espíritu creador en servicio de la sociedad, que la consideraría, entonces, útil, como una Institución propia, que al estar organizada al margen de sus vicios, podrá ser incluso capaz de crear conciencia social. Si, como decía M. Armand, para la colaboración entre Ciencia y Técnica, es deseable que los hombres que las ejercen se sienten en los mismos bancos, es sencillamente porque de esa convivencia puede nacer la comprensión del *hombre por el hombre*.

Como principio fundamental, la Institución docente deberá partir siempre del hombre como ser responsable al que debe habilitar individualmente para su utilidad en relación con el conglomerado social. No podemos, en modo alguno, aunque así fuera por viciosa tradición, considerar desde el principio al muchacho, casi adolescente, como anhelante de pertenecer a una fracción social, que, sin duda, si la desea, lo hará con menosprecio o al margen de su apti-

tud intelectual. Esta es precisamente lo que en él y para él debemos desarrollar dentro del marco y del estilo de cada Institución, para convertirla en profesión; en una de las muchas profesiones que engranarán la unidad social.

### INTEGRIDAD DE LA FORMACION

Siempre he creído que el buen investigador no es el que mira los problemas a través de un solo prisma, a la luz de una sola teoría; ni buen profesor aquel que no tiene en cuenta el sedimento histórico, aún el conjunto de errores, que ha llevado al conocimiento actual de la verdad científica; aquel será, cuando más, un polemista de la Ciencia, y éste dará tan solo una visión parcial de la razón actual del conocimiento. Porque hasta el contrastador de métodos, el descubridor de técnicas, de proceder honradamente, debe considerar sus fallos, sus dificultades; es decir, tanto sus pros que pueden darle satisfacción, como sus contras, que le darán trabajo. Y mal andaría la síntesis del conocimiento, si no se acertara a dar una visión dinámica del mismo. El proceso estático solo conduciría a la falta de iniciativa y al erróneo empecinamiento en la congelación del pensamiento humano en cualquier época, por reciente que fuera.

Creo que en la vida sucede algo parecido; al considerar, al establecer niveles, modos de vida, es necesario conocer distintos sistemas, distintos ambientes, para situar el nuestro dentro de nuestro ambiente; el que hemos heredado o el que nos hemos creado. Y si queremos crear nuestro sistema, si pretendemos tener la ilusión de ser originales en el vivir (cosa que en los tiempos que corremos nos va a ser muy difícil), es necesario que conozcamos el modo de ver la vida por los demás. Todavía más, cuando pretendemos enseñar a vivir; enseñar a vivir una vida propia situada en la Cultura, es decir, en el tiempo humano en que vivimos. Es necesario conocer, y para conocer no basta con un simple contacto, con una mera yuxtaposición de pareceres. Es necesario entrar en el espíritu de quienes con nosotros forman la *unidad* de la Institución docente, para llegar a la *integridad* y al *estilo* que ésta pretende infundir a sus alumnos.

Es necesario que la Universidad forme una auténtica unidad, *no un conjunto uniforme* por la sumisión a un punto de vista parcial.

(hablo en la limitación de nuestro espacio), que ha sacudido la cultura de la mayor parte de aportación de la ciencia experimental; hasta de sus resultados y consecuencias vitales; precisamente en esta época, que es indudablemente, la época de la consecuencia de la ciencia experimental en su madurez lograda a través de los siglos.

*Unidad, integridad*, no significan en modo alguno *uniformidad*; única manera de entender la primera en nuestro espacio; es más, *la uniformidad destruye la integridad*, pues priva a cada Ciencia de las necesidades que le impone su método, sometiéndola a las exigencias prácticas de una fracción dominante. Integridad significa comunicación y síntesis de aportaciones por métodos distintos, y unidad, concurrencia de la variedad hacia el fin. Pero para que esto sea posible, es necesario que a cada Ciencia se la deje desarrollar plenamente, con su propio método y con sus consecuentes medios; así hará fructífera su aportación a la integridad.

Por eso es necesario que los científicos aportemos nuestro pensamiento hacia la unidad que deseamos para sintetizar en el hombre la auténtica cultura de nuestro tiempo. Es necesario, además, que todos contrastemos nuestro pensar, que nuestra mente se haga permeable y nuestra voluntad no se agarrote, para llegar a la síntesis.

La Ciencia experimental es una forma humana de acercarse a la verdad del Universo, una verdad que Dios no ha querido revelarnos en toda su plenitud para hacer más significativa nuestra vida. Y la reacción ante este pensar científico, constituye la fase actual en la historia del pensamiento humano.

Si desde nuestro siglo oteamos el panorama del conocimiento del Universo por el hombre, a través de la historia de la civilización, veremos atravesar ideas elaboradas por los métodos más diversos. Así, la propia idea de átomo, sospechada, ampliada y desarrollada en el siglo V griego por Tales, Leucipo y su discípulo Demócrito, fue elaborada exclusivamente por el método filosófico; es decir, por un sistema puramente imaginativo. Esta idea desapareció totalmente del pensamiento europeo en el siglo II de nuestra era, y apareció de nuevo en el siglo XVII, para comprobarse a principios del XIX, merced a la Investigación Científica, fundada en la experimentación. Esta misma experimentación cambió radicalmente el concepto de átomo como parte indivisible y fue el origen de las nuevas ideas de la constitución de la materia y su relación con la energía. Al mismo tiempo, rechazaba definitivamente muchas otras ideas elaboradas por el método filosófico.

En el transcurso de los siglos, especialmente de los últimos, los posteriores al Renacimiento, algunas ideas propiamente científicas se han entrado en la vida del hombre, extrapoladas hasta la filosofía y la sociología; como el mecanicismo del pasado siglo o el indeterminismo del primer tercio de éste, que derrumbó al anterior yéndose al polo opuesto, al caos. Las propias ideas y leyes evolucionistas, sustento del existencialismo y base de todo un sistema de «convivencia» social, que con ellas defiende y propaga su materialismo dialéctico (*Humani generis*).

Todo aquello tan esquemáticamente expresado en pequeñas fórmulas matemáticas; lo que queriendo ser interpretado, representó el alquimista mediante verdaderos signos cabalísticos; todo lo que hacía de la Ciencia Natural o exacta algo ininteligible, y del científico un ser extravagante y aislado, que probablemente buscaba el aislamiento, la soledad, para no perder el contacto de su pensamiento con la experiencia y al mismo tiempo que la interpretaba y discutía, la disfrutaba íntimamente. Todo aquello, al convertirse el científico en equipo investigador abierto y organizado, ha salido hoy a la calle, al periódico, proyectándose sobre el pensamiento del hombre medio, no preparado para absorber la magnitud del descubrimiento científico, ni para interpretarlo en su verdadero valor.

No se trata ahora solamente de admirar un progreso material, de disfrutar de un teléfono, de una radio, de la televisión, que ya de sí causa trastorno y bienestar en la vida social; probablemente toca también la educación individual, produce un nuevo individuo y una nueva sociedad. Se trata, además, de la profundidad y de la realidad del descubrimiento, que llega hasta el fondo; escruta con sus técnicas de observación y experimentación, hasta lo más íntimo de la vida material y salta ya de universo en universo; no es una maravilla, es algo que causa respeto.

Si consideramos que ya el aislamiento de la Ciencia, saber estricto reservado a minorías, había creado alrededor de ella, admiración y misterio; al irrumpir ahora en aluvión sobre la sociedad, es indudable que todo se vea como fantástico y cree en el científico una preocupación que antes no tenía en su pensamiento, más que de una manera remota; la *responsabilidad*.

Responsabilidad de que los descubrimientos se extrapolen. No tiene tanta importancia el hecho biológico que se deduce de las ideas de Darwin, como los fenómenos sociológicos y las sugerencias filosóficas que se apoyan en ellas. Y esta influencia que inició su exten-

sión en una época en que si la cultura era bastante amplia, la Ciencia influía sólo sobre unos pocos, ahora sería capaz de desorientar rápidamente a una gran masa.

Si algo debe caracterizar a la minoría rectora de una sociedad humana, y mucho más a una Institución docente, a un sistema de enseñanza, es el estar *colectivamente* a la altura de los tiempos, al cuidado del pensamiento humano en toda su extensión y en el conjunto de sus matices, para encauzarlo; no para excluirlo ni despreciarlo. Porque, aparte de que no lograría otra cosa que quedar sólo en minoría o ser ineficaz, y no dirigente ni formativo, sino dominante o inútil, sería responsable de la desorientación espiritual y social de las masas; pues, en la hipertrofia de uno de los conocimientos, surgida del divorcio de los demás (que en su cerrilismo podrían llegar a la impopularidad), se crearía un vacío; actualmente, el de la vida espiritual, que al surgir, por llenar ese vacío, surgiría desviada, creando un mito en lugar de la auténtica trascendencia humana, en razón de la ignorancia de aquellos, que por pretender inhibir un desarrollo, no supieron aportar a tiempo su pensamiento, para, entre todos, llegar a la Verdad.

Si entre la confusión de movimientos de nuestro tiempo, hay una característica que se perfila como propia de todos, es, sin duda, la conquista de la verdad científica; el dominio de las fuerzas naturales y, especialmente, la acomodación científica de la vida personal y social. Si en la omisión que se hace de la vida espiritual hay algo anómalo, acháquese precisamente a la marcada separación que se establece, con mútua exclusión, entre las denominadas disciplinas humanistas, las científicas, y las del sentimiento, entre las que se incluye lo espiritual como puramente sentimental.

A esta conclusión se llega cuando se intenta ligar la vida del espíritu a una forma de conocimiento superada. A la materialización de lo espiritual en lo puramente sentimental.

Si la vida del espíritu se liga artificialmente a cualquier época histórica, congelándola en ella; como si se estacionara el estilo cristiano en el Románico, el Gótico o el Barroco, o si se solidariza aquella a un método o a una forma determinada de conocimiento humano, despreciando otros; es decir, si se liga lo permanente con lo expresivo o lo formal, la esencia a un conocimiento parcial, por actual en cualquier época, se señala virtualmente la caducidad de tal vida espiritual ligada a un tiempo histórico.

Se ha dicho que el barroco surgió de una reacción del espíritu

ante la cultura de un tiempo; pero la reacción aflora espontánea y distinta de las formas que surgieron en otras culturas; es signo de presencia de esa vida frente a quien la niega. Nunca permanece en una forma, como el propio humanismo, del cual dijo Pío XII: «sin duda es difícil definirlo y reconocer a través de su evolución histórica, una idea clara de su naturaleza». Tal es evidente cuando el propio conocimiento de las leyes del universo, de lo inorgánico, de lo orgánico, biológico, e incluso de lo espiritual, es progresivamente descubrible. Es algo que ha existido siempre, pero su conocimiento, a través de la ciencia, ha sido siempre parcial en su detalle. No solo es válido lo que se conoció y cuanto de la revelación se interpretó, sino cuanto se conoce, se interpreta y comprueba, unido a cuanto se conoció e interpretó.

Si para edificar la Cultura, algo hay que sacudir de Ciencia, como dice Ortega, no es solo de física o de biología, como suele entenderse, sino de la Ciencia en conjunto: de la gramática, de la historia, de la filosofía; gran parte de los conocimientos de todas las ciencias son motivo exclusivo de los especialistas, y cada edad lleva a un plano general o de Cultura, nuevas disciplinas. Si hoy, la difusión de aquélla, toma lenguas de nuevas raíces, son éstas las que pasan al plano del sistema de enseñanza, como antes se tomó lo universal para difundir cuanto debía ser y continúa siendo vital.

La permanencia de lo vital no excluye las nuevas formas, entroncadas al nuevo conocimiento. No puede haber, en modo alguno, incompatibilidad entre lo permanente y el pensamiento que progresa cada vez hacia la totalidad de los recursos de todo hombre, dando a cada uno una conciencia más elevada de su existencia, a lo que la vida espiritual debe añadir siempre trascendencia.

Hasta no hace mucho, la ciencia experimental ha vivido aparte de la gente, de la masa; el científico vivía aislado y cultivaba el aislamiento. En muchos lugares, la gente no se preocupaba más que de una riqueza feudal, pegada a la tierra, que en los países científica y técnicamente avanzados, y en los que avanzan, cada día se esfuma, se reparte, se diluye en empresa. Este hecho obliga a buscar nuevos recursos para cada hombre, dentro de sí mismo, de sus dotes, de su inteligencia; recursos que sirvan al individuo porque aporten algo a la sociedad. La pérdida del hombre entre la masa, le hace descubrirse a sí mismo, conocerse para dar.

Cuanto se ha edificado y debatido para dar sentido a los descubrimientos científicos con una fe política, contra una fe religiosa o

totalmente indiferente a ambas, se ha quedado muy atrás con respecto a los avances técnicos que el método científico ha suministrado al progreso material de la humanidad; al propio bienestar individual y social, fecundo en aquellos países que han sabido introducir en la educación el signo de nuestro tiempo. Esto no podrá tener trascendencia filosófica, pero sin duda la tiene en el orden social y en el humano. Es hoy indudable, que el hombre, al sumergirse en un nivel profesional más alto, no sólo tiene que volverse más dentro de sí, sino más hondo, para llegar en todos los grados a una mejor aptitud. La extensión de la educación adquiere altura y se convierte en necesidad; es necesario precisar y afinar, y es también necesario exigirse cada uno más en cualquier grado. Este es el verdadero beneficio de la Ciencia; de nosotros depende su fruto, del sentido que demos a nuestra educación, que si debe ser humana, no podemos olvidar que el hombre de hoy, adquiere conciencia de su humanidad con más conocimiento que sentimiento, y su vida espiritual debe estar a la altura del conocimiento que del universo y de sí mismo le ha dado la Ciencia.

La dialéctica materialista, las tendencias que desde Descartes hasta Heidegger, pasando por Leibnitz, Berkeley y Kant, defienden construcciones mentales y a priori del Universo, resbalarán sobre la masa mientras una síntesis poderosa, que por ahora solo ha sabido construir el materialismo (aún con grandes lagunas por su error), no las sostenga como impulsoras del avance social que de la acción de la Ciencia se ha deducido; mientras una nueva fe no venga a sustituir a la Fe, porque los que dicen poseerla hayan renunciado a edificar su síntesis sin lagunas; por no haber sabido añadir a las que en otros tiempos iluminaron al mundo, la aportación de la Ciencia, de esa Ciencia de la que Pío XII dijo: «¿No es un brillante reflejo de la Ciencia divina escondida, que habla y resuena desde el seno de las cosas?, y añade, «sin embargo en manos de los hombres, la Ciencia puede cambiarse en hierro de dos filos que sana y mata». Uno de los dos filos, potente e hiriente, lo conocemos; el otro, tenemos que hacerlo nosotros; ni siquiera está desbastado. Pero tenemos que hacerlo con integración, con conocimiento, con comprensión; para darle proyección. Que no quede todo en las alturas de los gabinetes de investigación; resbalaría.

Para afrontar este hecho, una entidad docente no puede reaccionar más que con unidad, pero con unidad efectiva; con integración de pensamiento. No con compensaciones de Cátedras que unas se



llenar y otras quedan vacías; siempre desconectadas. En esta integración, en el conjunto permeable del pensamiento universitario para la proyección, no puede omitirse la Teología, ni sustituirla por una acción religiosa marginal, pues por marginal, será siempre estéril en el orden formativo.

Mientras se fraccionen radicalmente las Ciencias en Facultades o Escuelas impermeables, sin base de coincidencia, con anulación de la Universidad, no será posible la integración, ni síntesis, ni proyección, en el orden formativo; ni comprensión en el humano. Para que toda proyección sea fructífera y continuada, debe ser organizada para el fin.

Es necesario dar a las Instituciones de Enseñanza, integridad de pensamiento, unidad, que viene de la conjunción y produce la orientación por concurrencia práctica de saberes. Unidad, repito, no significa uniformidad (muchas veces defendida para evitar la integridad), sino concurrencia de saberes desarrollados con libertad y propia organización; pero siempre con relación, para que formando en una profesión, la Entidad docente sepa dar, al mismo tiempo, un estilo y una visión de vida.

Las épocas pasadas, pasaron; si por inercia en el pensar y en el obrar, lo que pasó no fué bueno, al fin pasó; de nosotros depende que lo nuevo comunique a nuestros escolares un estilo dentro de su libre personalidad; porque dándoselo a ellos, se le dará a una comunidad nacional para que, en la división actual, concorra con sus características en el pensamiento universal.

#### FORMACION CON IDEAL

En la última fase de su proceso evolutivo, la Universidad inglesa pasó por un magnífico instrumento de la Reforma, robusteciéndose y adquiriendo, con la protección real, tal poder político que era necesario contar con ella como fuerza nacional. A tal grado llegó su espíritu reformista, que todavía, en su estabilización actual no ha logrado desprenderse de él. Esta Universidad, como la alemana, conserva sus Facultades de Teología. De ella habla todavía el Cardenal Newman a mediados del siglo pasado, como de la Universidad protestante.

La Universidad alemana, que ha arrastrado con Berlín como ariete, gran parte de la centro-europea, especialmente la suiza, in-

cluye como base formativa de la personalidad; como fundamento teórico de su unidad, la filosofía del Idealismo alemán, que al recoger el espíritu de los estudios clásicos, da incluso razón a su contenido filológico y a la línea vital de su «Weltanschauung».

Una Universidad totalmente neutra, no existe nunca en sentido formativo, ni en sentido político, ni en el religioso; el esforzarse en una neutralidad es también, como hemos dicho antes, señalar una posición frente a la confusión, o incluso, una forma sutil de materialismo.

Si es necesario que la formación basada en la unidad de conocimiento, en la integridad, incluya la Teología, debe ser así para formar según las consecuencias vitales del conocimiento teológico; es decir, según una religión y una moral.

S. C. Roberts, indica que hasta principios del siglo XIX no existían en Inglaterra (excluida Escocia) más que dos Universidades: Oxford y Cambridge, cuyo carácter reformista ya hemos citado; ambas, relativamente alejadas del mayor centro de concentración humana, Londres, y por consiguiente, poco asequibles a la clase media por razones de residencia. De ahí que el poeta Thomas Campbell propusiera en 1825 la creación de una entidad docente superior asequible a la clase media, «una Universidad que combinase las ventajas de la educación pública y privada, la economía de la residencia doméstica, y todas las morales influencias que resultan del hogar»; es decir, se contaba solo como base común religiosa, la derivada pura y simplemente de la moral familiar, aunque no se excluía totalmente el ideal cristiano, que solo lo fué al no ponerse de acuerdo las distintas tendencias que se adhirieron a la propuesta... «Estas encontraron imposible unir los principios de la libre admisión de personas de todas las denominaciones religiosas, con cualquier plan de instrucción teológica o cualquier forma de disciplina religiosa». Por este motivo se decidió excluir del currículo la Teología.

Tan grave fué la situación creada por la indisciplina en aquel Centro, que la prensa y el gobierno tomó cartas en el asunto, acordándose crear, bajo los auspicios del Duque de Wellington, tres arzobispos, siete obispos y el patronazgo de S. M. el Rey Jorge IV, una segunda Universidad de Londres, que tomó el nombre de King's College, enfrente y como contrapeso del «ateísmo de Gower Street»: «Para imbuir en la mente de los jóvenes los principios de la cristianidad, de acuerdo con las formas establecidas en este Reino».

La razón de la moral, es una dirección hacia la trascendencia;

para el indiferente, es simplemente una forma de satisfacción del orden vital. En este segundo aspecto, la moral corre el peligro de hacerse subjetiva; de crearse cada uno su moral independiente.

La moral en un país libre necesita su contenido teológico, porque si no, corre el peligro de extraviarse siempre en alguno de sus aspectos; más o menos discreta o descaradamente, pero siempre. Y aún en todos los casos es necesario dar un contenido, un ideal sobrehumano a la educación moral. Ciertamente o equivocado existe en todos los países constructivos, aún cuando el individuo sea libre de profesar tal ideal en sí. Lo importante es la convicción de la existencia real de tal ideal, que al guiar en su integridad la docencia, infundirá carácter a la comunidad. Pero si esto debe ser así, debe hacerse con seriedad; de acuerdo con un principio, no por concesión a una tradición, pues a la altura de lo universal, lo puramente tradicional solo tiene validez cuando se establece como un modo de orientación de pensamiento, dentro de la solidez de ese pensamiento.

En el orden de la aportación nacional a lo universal; en el orden actual de la comunicación entre las naciones, no basta una moral individual; es necesario también crear una moral colectiva para que el entendimiento entre los pueblos siga el camino de la comprensión entre sus hombres. Para una moral colectiva, es necesario disponer de una moral individual; esto es absolutamente necesario, pero no es suficiente, porque la primera condición de una moral colectiva es la de vivir conjuntamente en la verdad.

En este sentido se requiere que el ideal formativo tenga cabida en el universo entero, que aglutine al hombre y que se haya mostrado creador de conceptos universales entroncados en la vida de los pueblos más diversos. En estas condiciones no existe en Occidente otro ideal que el cristiano, con el firme criterio de honradez útil para edificar la moral social y colectiva, del *hombre justo* de la tradición judía, que el cristianismo no ha venido a destruir, sino a colmar.

Si sinceramente se desea un espíritu de justicia; edificar la sociedad agregándola a la nueva civilización social, el deseo se realiza llenándola de cristianismo; tendiendo a colmar la idea cristiana dentro de unos moldes humanos más perfectos, más justos, y por consiguiente, bien aprovechados y orientados, más cercanos al cristianismo que en cualquier época histórica.

Pero aún es más; el cristianismo, según Ramón Roquer, lo es todo en orden al crecimiento de la conciencia humana... «Desde el

centro de su vida espiritual, centro de libertad y de amor, el cristiano puede trascender lo biológico y lo social», «puede vencer el empobrecimiento de encerrarse en la finitud», «puede romper la aniquilación que representa el desorbitarse respecto a Dios». En este sentido revela su contenido para el desarrollo de la personalidad; especialmente en el mundo actual que fuerza a una versión hacia el interior para buscar, encontrar y desenvolver cualidades, cada vez más definidas, incluso más intelectuales. Cuando la inmersión del hombre en la masa alumbra el gozo de la soledad, en la que precisamente, no debe encontrar nunca el vacío.

Por consiguiente, en orden de una formación moral, individual y colectiva; en beneficio de la propia personalidad, la educación religiosa es fundamental.

Y si en todos esos órdenes la educación religiosa marginal que en la enseñanza de algunos países se incluye, puede ser estéril, lo será porque no se le dió su verdadero sentido; no fué consecuente con la verdadera razón de su inclusión; razón humana, nunca profesión pública de una fe ligada a un lugar, a un tiempo o a una tendencia. No voy a discutir su obligatoriedad o no obligatoriedad, pues aún con la segunda pueden obtenerse óptimos frutos en la Enseñanza Superior; así como con la primera podrá llegarse a la desviación cuando no se acierte en la razón, o se la desconecte de la síntesis del conocimiento en la integridad universitaria.

«Al consultar las actas del comité del Consejo de Educación en los años 1848-50», dice el Cardenal Newman «presentadas a ambas cámaras por mandato de Su Majestad, encuentro una de los inspectores escolares, en la página 467 del segundo volumen, que divide «los tópicos generalmente admitidos en la mejor clase de escuelas primarias» en cuatro: el conocimiento de los signos, como la lectura y escritura; el de los hechos, como la geografía y la astronomía; el de las relaciones y leyes, como las matemáticas, y finalmente, el del sentimiento, tales como la poesía y la música. Al observar semejante división, llegué a preguntarme, antes de indagar la propia resolución del autor, bajo cual de estos cuatro títulos principales estaría comprendida la religión si es que se incluía en alguno de ellos. ¿La omitió el autor como cosa demasiado delicada y sagrada para ser incluida entre los estudios terrenales? ¿O la proyectó en forma separada cuando hizo tal división? De todas formas creo que pudiera incluirla en cualquiera de los tres epígrafes, puesto que se relaciona con los hechos cuando nos habla de la propia existencia; se refiere

a las relaciones cuando nos habla de las relaciones con el creador; tiene relación con los signos cuando nos explica la forma en que debemos hablar al Señor. Había, pues, un epígrafe en esta división, en el cual no podía incluirse, es decir, el relativo al sentimiento, puesto que supongo que la música y la poesía, que son los ejemplos del sentimiento expresados por el autor, no tienen mucha relación con la verdad, que constituye el principal objeto de la religión. Júzguese, pues, mi sorpresa cuando vi que era el epígrafe cuarto el indicado expresamente por el autor del informe como el receptáculo especial de los tópicos religiosos. «La inculcación del sentimiento —dice el autor— comprende la lectura en su sentido más elevado: la poesía, la música, juntamente con la educación moral y religiosa». ¿Qué puede ser más claro en esta idea del autor del informe, qué puede probar más claramente que una declaración tan cándida como esta de que, a juicio de tal escuela, la religión no es conocimiento, no tiene que ver con el conocimiento, y se ve excluida de los planes de enseñanza universitarios, no simplemente porque no puede remediarse tal exclusión por obstáculos de índole política o social, sino porque no tiene relación alguna con dichos planes, porque es considerada tan solo como un sentimiento, un gusto, una opinión y nada más?»

Aún con todo su error, el informe tiene algo de laudable, supuesta la sinceridad: se basa exclusivamente en las cualidades del objeto de la educación, lo cual, hace discutible su contenido. Difícil se pone la discusión cuando no se atiende a la naturaleza de la educación. Cuando se trata el problema educativo con cariz de fracción, sea de la naturaleza que fuere, sin tener en cuenta el hombre libre con su conjunto de cualidades; entonces, toda discusión es estéril y la enseñanza, cuya inclusión o su exclusión así se trate, dudosamente efectiva.

Tanto en el orden social, como en el individual, como en el del conocimiento, la religión debe formar en el conjunto docente. Debe tener de razón, cuanto tenga de razón; de altura, cuanto lo exija la síntesis que impulsa la Institución de enseñanza; pero también de vivencia cuanto debe tener de vivencia. Y si la Institución docente no puede excluir la razón para darla a quien lo requiera, sino incluir la Teología dando presencia a la necesidad de su conocimiento, incluso a quien no la profese o estudie, debe dar la oportunidad para incluir también la vivencia. Mucho pueden hacer en este último aspecto los Colegios Mayores y las asociaciones universitarias; tam-

bién ellas, como nacidas de la agrupación docente, son docentes, son incluso Universidad.

Es necesario que la Universidad introduzca un ideal, un ideal por encima de lo tangible. Ahí está el aspecto positivo de la vida y del estilo. Ahí está también el aspecto social; pues quien mantenga tal ideal respetará al hombre y tenderá a usar sus facultades en servicio de la sociedad; su meta estará por encima de ella.

La inclusión de la Teología como rama del conocimiento, no significa necesariamente *obligatoriedad*, sino *facultad* de profesarse en una extensión y a una altura universitaria, como materia de discurso, de pensamiento y orientación en todo el ámbito universitario.

En nuestra Universidad actual no se entiende creación de disciplina sin una extensa obligatoriedad, porque no se ha ensayado el valor formativo de la integridad, ni de la coordinación para la unidad; manteniéndose la inconsistencia que recogen, en último término, los estudiantes de Facultades impermeables, con falta de fe en la Institución, por falta de orientación y buena voluntad de elección. Pocas veces se ha ofrecido al estudiante un centro con vocación formativa, con conciencia de su misión, con independencia y autonomía para poder surgir de sí mismo y rectificarse.

Aún dentro de un ideal común, no puede aprisionarse una institución en el estilo y en el matiz de todas las de su género; perdería personalidad y calidad, estímulo y sentido de corporación. Sería otra uniformización de carácter más grave, con tanto daño para la docencia como el que produce la uniformidad en su propia organización interna. Esta impide la unidad al impedir el desarrollo de las partes, aquella destruye la Institución entera por pérdida de estímulo y de carácter. Se necesita *autonomía*.

#### AUTONOMIA UNIVERSITARIA

En la lectura de las conferencias del Cardenal Newman, reunidas bajo el título de «Naturaleza y fin de la Educación Universitaria», existe un párrafo significativo que transcribo:

«Desde hace casi cincuenta años la Universidad protestante de la cual fui miembro durante tanto tiempo, después de una centuria

de inactividad, despertó al fin en una época en que no se daba educación alguna a la juventud a ella encomendada con un sentido de las responsabilidades correspondientes a su profesión y posición, y que nos presenta el singular ejemplo de un organismo independiente y heterogéneo de individuos elaborando un sistema de reforma propia, no por presión de la opinión pública, sino porque estaba en condiciones de llevarla a cabo. Sus esfuerzos iniciales, empezados y continuados entre innumerables obstáculos, tuvieron que hacer frente, como sucede casi siempre en tales casos, a una crítica mezquina y envidiosa que en el preciso momento en que eran estimulados empezaba a ser injusta. La controversia hizo aparecer más claros los lugares de procedencia de la reforma, adoptando una forma filosófica».

Todas las instituciones humanas pueden pasar por períodos de decadencia o de estancamiento, pero si en algo se reconoce su vitalidad, es sencillamente en su capacidad de reacción y de libre actuación para seguir los impulsos de esta reacción corporativa. Cualquier organización de emergencia contraria a su espíritu inicial, tendente a la burocratización de su administración, la anula en su sistema, y a la larga, la inhabilita para toda adaptación a la actualidad histórica.

Una organización dada en un tiempo para corregir los defectos que normalmente surgen en toda corporación de tiempo en tiempo, si soluciona de momento esos defectos, los soluciona sólo para ese momento, para aquella situación ambiental. En modo alguno se puede, con tal decisión, aprisionar para siempre el Organismo inhibiendo sus futuras posibilidades de resurgimiento, su sentido y su misión permanente; más hubiera valido destruir la corporación.

No hace mucho, el Ilmo. Sr. Director General de Enseñanzas Técnicas, Sr. Millán, en su discurso inaugural del Primer Seminario de Enseñanzas Científicas y Técnicas, refiriéndose a la situación de independencia de la Ciencia y de la Técnica en nuestro país, decía: «Esta falta de enlace tiene difícil justificación cuando se piensa que aquella independencia responde más bien a circunstancias de hecho que a motivaciones de principio, ya que, por ejemplo, las ciencias biológicas se hallan conceptualmente más próximas a las técnicas basadas en ellas, como son las agronómicas y forestales, que éstas a las mecánicas y eléctricas».

Tales situaciones de hecho, que arrancan de un período de decadencia, se conservan con ofensa de los principios, porque se man-

tiene el «principio» de la *incapacidad creadora* de las Instituciones docentes. Cualquier reforma que pueda atender a ellas, debe de estar libre de trabas en los principios; mantener su poder expansivo en el que se basa su adaptabilidad y servicio a cada tiempo y a cada momento social.

La falta de *capacidad de creación*, induce a la *irresponsabilidad* de la Institución frente a la creación misma. La falta de implantación de enseñanzas científicas nuevas, en su lugar, y de acuerdo con las urgentes necesidades del momento, frente a la hipertrofia de subdivisiones en enseñanzas clásicas, que no se adapta ni al número, ni a la extensión, ni a la actualidad, ni a la necesidad, resbala sobre ella porque no se siente corporativamente responsable de tal desviación; y, en efecto, no lo es, pero no es deseable para ella misma mantener tal estado de irresponsabilidad. Este es el grave inconveniente de las corporaciones inactivas, frente a las nuevas y a las destruidas. Las nuevas pueden crecer con nuevo espíritu, las destruidas pueden reconstruirse conservando el espíritu, pero es mucho más difícil infundir espíritu; se trata, casi, de una resurrección.

Para llegar a la adaptabilidad, es necesario llegar primero a la *autonomía*. Pero para merecer la autonomía, es necesario desearla sinceramente, como un impulso de crecimiento. El factor positivo como el negativo en el resurgimiento de una corporación está en sí misma; en su claustro de profesores, ligado a su prestigio y servicio; al conjunto de sus alumnos con solicitud de una enseñanza acorde con los tiempos. El cambio de espíritu exige responsabilidad. La «responsabilidad» Central o Estatal quita de en medio muchos problemas, es muy cómoda; facilita la simulación de la enseñanza, da pie para cerrar las inquietudes con una alusión a la Capital del Reino, e incluso paso libre a cualquier acción personal o local.

Es necesario llegar a ese deseo previo de responsabilidad como paso de la autonomía. Y es tanto más necesario cortar la irresponsabilidad porque la falta de estímulo a la que conduce, se revela en la falta de estilo, en la desgana, que al transmitirse de generación en generación acomoda un vicio a la vida nacional.

¡Cuántos intentos legales de autonomía universitaria no han llegado a una realidad por parciales, por débiles, por medrosos, pero quizá también por no haber logrado dentro de la Institución el espíritu para mantener la reforma y superarla!

El Ministro de Instrucción pública Sr. Tormo, el 29 de septiembre

de 1930, publica un decreto de autonomía limitada que en su parte informativa dice:

«La reforma universitaria, de vital interés para la Nación, no podrá nunca entenderse realizada por la sola publicación de las disposiciones legales, por acertadas que parezcan. Renovación más honda exige: elaboración del pensamiento renovador, voluntad ganada para las novedades en el ánimo de los docentes y aún de los discípulos, y aún nuevos hábitos a establecer y a ganar también, con las exigencias en tanta parte igualmente esenciales de medios materiales, retribuciones, libros e instrumental científico y locales apropiados».

«Una tal evolución de las Universidades no puede irse logrando sino por ensayos y lecciones de la experiencia. Pero parece preciso, aún con los cambios aparentes de rumbo que ella impone, dejar siempre bien marcada una orientación».

«Al ofrecerla el Real decreto de la autonomía Universitaria de 21 de mayo de 1919, que refrendó el Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes Sr. Silió, despertóse inusitada actividad mental colectiva en la labor de los claustros, al elaborar los Estatutos de cada Universidad, cuya implantación, todavía no en sazón acaso, vino a suspenderse, prematuramente también».

Toda esa labor conjunta, esa necesidad de surgir la Institución de sí misma, está también plenamente reconocida en la disposición legal de 1919, siendo ministro el Sr. Silió:

«Las Universidades españolas, de gloriosa historia, que compitieron con las más famosas del mundo en sus días de esplendor, son hoy casi exclusivamente escuelas que habilitan para el ejercicio profesional. El molde uniformista en que el Estado las encuadra y la constante intervención del poder público en la ordenación de su vida no lograron las perfecciones que sin duda se esperaban y sirvieron en cambio para suprimir el espíritu de noble emulación y para matar iniciativas que sólo en el porvenir hallan esperanzas de prevalimiento».

El problema ha sido visto desde tiempo en España, y precisamente desde las esferas de gobierno en distintas épocas, e incluso encauzado en el desarrollo independiente de la Investigación Científica en época reciente, donde se ha logrado la extensión y la consistencia esperada. La independencia y el poder creador, se logra también en los organismos de enseñanza libre, que reclaman para sí, como bien máspreciado esa libertad de organización, esa inde-

pendencia, que desde aquí deseamos para toda Institución docente.

El problema seguía planteado en la actual generación. «Hace cerca de un siglo», decía en 1941 durante la ceremonia de apertura de curso en la Universidad de Barcelona, el Ministro, Sr. Ibáñez Martín, «la Universidad española ha vivido en el marasmo y en la inercia de una vieja legislación incomprensiblemente mantenida, sin que ningún esfuerzo político —y algunos fueron estimables—, haya sido capaz de salvarla del perpetuo anacronismo, al que parecía fatalmente condenada».... «No se trata de remendar un edificio ruinoso, revocando la fachada o reforzando la cimentación. La Universidad española que creó el siglo XIX, dejará plenamente de existir. Nuestra Universidad quiere ser de nueva planta, con una audacia revolucionaria de innovación, que rompa moldes viejos y anacrónicos, pero sin pecar de irreflexiva e inconsciente, porque anhela, sobre todo, la ambición de lo permanente».

La creación universitaria del siglo XIX fué la realizada a través de la ley de Instrucción Pública de 1857 que consagró una absoluta centralización, convirtiendo a la Universidad en un mecanismo. Frente a ella se han logrado hoy notables avances, como la constitución de su personalidad jurídica, la apreciable ampliación de su marco científico y el refuerzo de su misión educativa mediante los Colegios Mayores, alguno de los cuales ha alcanzado un óptimo grado de madurez.

«Ambicionamos», seguía diciendo el Sr. Ibáñez Martín, «crear una Universidad que transmita, mediante la docencia, los conocimientos científicos, persiguiendo, no sólo la colación de grados académicos, sino una plena formación para la vida profesional; una Universidad que realice e impulse la investigación Científica, estimulando vocaciones y capacitando a los que las posean, para el cultivo de la ciencia; una Universidad que eduque, de manera íntegra, a la juventud; una Universidad que extienda y difunda la cultura, promoviendo el intercambio científico; una Universidad, en fin, que gobierne y dirija la vida docente en el ámbito de su demarcación territorial».

...«La magnitud y alcance de la innovación», decía, «se comprende, si nos paramos a meditar lo que puede llegar a ser una Facultad cualquiera, junto a la cual, con régimen de dependencia o independencia de ella, vayan surgiendo, paulatinamente, Institutos, Escuelas o cursos de formación profesional».

Este aspecto apuntado acertadamente por el Sr. Ministro; hoy

fundamental entre las misiones de la Universidad, ha sido, sin duda, el menos favorecido hasta ahora. Y ha sido así porque es el que con más vigor requiere la ruptura con los viejos moldes; con enconados intereses que destruyen la esencia de la capacitación; con la irresponsabilidad, con la falta de autonomía y de poder creador.

Seguramente como concesión a lo inevitable y señalando, a mi entender, el daño interior, seguía el Sr. Ibáñez Martín con estas palabras: «Imaginaos lo que pueden enriquecerse los estudios facultativos de Derecho, si en el propio seno de la Universidad se preparan profesionalmente, para una selección oposicional posterior, los jueces, los notarios, los registradores, los diplomáticos, etc., o en Medicina se forman los especialistas, o en Filosofía y Letras se preparan, con el cultivo de la Pedagogía y de la práctica docente, los futuros catedráticos, y los archiveros, bibliotecarios y arqueólogos. Sistema que no excluye la oposición de ingreso a estos Cuerpos, ya que cada Ministerio puede siempre determinar las normas de su selección, pero sí abarca lo que ha de estimarse fundamental, a saber, la preparación y capacitación profesional, sin las que la selección es deficiente y hasta imposible».

No voy a fijarme en el detalle de las especialidades enumeradas; probablemente entonces eran difíciles de prever, pues la realidad española ha ido mucho más lejos y por un camino distinto del notariado, del registro de la propiedad o del archivo, con todo el respeto y consideración para estas nobles actividades. No nos negamos a la existencia de medios de selección, si ingreso, reválidas, preselección, selección e incluso sucesiva oposición, son necesarios. Pero si ello supone una traba para la expansión docente, nos oponemos con todo nuestro vigor al vicio que esos sistemas pudieran crear, aprisionando la enseñanza en cualquiera de sus aspectos, evitando su adaptación a la extensa realidad española que en todo orden científico y técnico exige el continuado surgir de nuevas profesiones con plena responsabilidad.

En el modelo francés, dentro de la centralización, se ha tenido cuidado de conservar la capacidad de iniciativa. Aparecen esos Institutos dependientes de las Facultades como Centros para el estudio especial de nuevas materias; tal es, por ejemplo, el Instituto de Genie Chimique de Toulouse, procedente de su Facultad de Ciencias, con la cual tiene estudios comunes en entronque lógico de la Ciencia con la técnica.

Cuando el uso de la libertad y el ejercicio de la responsabilidad

se rompió hace un siglo con la medida centralizadora, sin duda la peor de todas por su capacidad de permanencia, es explicable la prudencia en reinstaurarlas. Es necesario evitar posibles desviaciones, como el *localismo*, surgido en algún caso por reacción y en otros al abrigo de la centralización mediante acciones de política personal o de grupo. Se trata de eliminar el vicio local, sin dañar la riqueza ni la variante que pueden sumar a lo universal un valor o una experiencia tradicional. «No se trata», como ha dicho Albareda «de hacer tabla rasa de esenciales riquezas diferenciadoras, sino de mostrar que no son caos, sino orden»: Quizás se requiere prudencia, pero prudencia no significa inacción.

De entre las laudables realizaciones que pueden conducir con paso seguro a la autonomía universitaria, es de destacar la ruptura de la uniformidad en la organización de las Facultades de Ciencias, lograda durante el período ministerial del Sr. Ruiz Jiménez. Avance parcial en el conjunto universitario, pero valioso por esperanzador y ejemplar.

Por otra parte, ha bastado que en algún aspecto se diera paso a la iniciativa para que surgiera también la aportación social; me refiero a los Colegios Mayores, lugar de convivencia, de relación para la formación y comprensión humanas. Hoy se han multiplicado, e incluso se ha llegado a calidad. Algunos son verdaderos colaboradores leales y abiertos en la misión universitaria. Ojalá las tendencias que los rigen sirvan para destruir prejuicios, en vez de reafirmar los existentes; ojalá sirvan para dar a esa juventud, objeto de su cuidada solicitud, un futuro con un instrumento formativo capaz de cubrir sus aspiraciones de utilidad y de engranaje dentro del orden social.

Reafirmamos, finalmente, que toda libertad debe ser mantenida dentro del orden, que implica relación entre los centros de enseñanza. Dentro, también, del mejor uso de las aportaciones económicas estatales y privadas en beneficio del bien común.

S. C. Roberts, termina su estudio sobre las universidades británicas, con estas palabras: «Cuanto pueda hacerse en el futuro sobre normas de matrícula, extensión de subvenciones estatales, relación de la universidad con sus colegios, coordinación interuniversitaria, y muchos otros problemas, es de esperar que no implique una unión rígida entre las universidades británicas antiguas y modernas. Cada una de ellas tiene el orgullo de su propia tradición y demanda cierta

medida de libertad individual para la investigación y la difusión del conocimiento».

No sería muy difícil para nosotros seguir el camino inverso, partiendo de la rigidez, para llegar de nuevo al «Ayuntamiento de maestros et de escolares que es fecho en algun lugar con voluntat et con entendimiento de aprender los saberes» y con el fin educativo de «facere la vida honesta y buena».

#### LA BASE ESTUDIANTIL DE LA UNIVERSIDAD

Si de entre las distintas misiones de los Centros de enseñanza, y en concreto de la Universidad como impulsadora de ellos, hay alguna que por la nueva actitud social ha adquirido mayor tendencia al desarrollo, es la formación o habilitación del hombre para una profesión.

La dominancia de la función formativa, está, por consiguiente, determinada y dirigida por el alto valor adquirido por la profesionalidad individual para la común colaboración social. Esto es lo que la sociedad requiere y cuanto los estudiantes que acuden a la Enseñanza Superior solicitan fundamentalmente. La forma recta o errónea con que cada tipo de estudiante lo exige de los centros a que acude, está condicionada por las posibilidades de su ambiente y por la forma estable, honrada o confusa con que se le ofrece el desarrollo profesional.

Si en tal o cual país no existe espíritu científico, es sencillamente porque la atención de los científicos no está cubierta por una sociedad cuyas necesidades quedaron a un nivel perdido tras los siglos. Y así surge el estancamiento y la reducción de las profesiones técnicas; la ciencia, por su parte, de una profesión efectiva, se transforma en una afición recreativa. Así se engendra la frivolidad.

La Ciencia no es solo fuente e impulso de la riqueza material, es también un medio de formación y desarrollo de las cualidades humanas que, en último término, serán las que conducirán a la estabilidad personal y a la riqueza nacional. En la Ponencia IV de la Asamblea de Catedráticos de Ciencias Químicas que tuvo lugar en Sevilla, en abril de 1955 (A. Rius, F. Buscarons y J. Ibarz), se enumeraban algunas de esas cualidades que, junto con el aprender téc-

nicas nuevas y perfeccionar y desarrollar la habilidad manual, podrían descubrirse mediante las clases prácticas, fundamentales en la enseñanza de la Ciencia experimental; eran éstas, las siguientes: «Desarrollar el espíritu de iniciativa; crear el sentimiento de responsabilidad ante los medios de trabajo, la economía de los materiales y el aprovechamiento del tiempo; desarrollar la capacidad de hacer o producir, como cualidad primordial de un hombre de acción; perfeccionar la capacidad de observación y la del trabajo mental frente a hechos y experiencias». Pero para que eso de fruto, no solo es necesario que la seriedad en la enseñanza sea norma de todo el quehacer universitario, sino también que el logro de una formación sea fin en el consejo familiar y social al estudiante.

Se ha achacado a nuestros estudiantes el buscar las líneas de menor resistencia para salvar el obstáculo de la carrera. Esto es cierto, pero no prueba más que estas líneas débiles existen (quizás en ciertos casos, afortunadamente, porque para cerrar el cuadro sería necesario que antes meditáramos si la organización de nuestras enseñanzas lo merece). Y si el mal es muy extenso o se localiza en determinadas profesiones, señala vicio en la elección y absentismo social frente a la misión formativa de los Centros docentes. Ambos hechos tienen su explicación en las características ambientales. Veamos en primer lugar el vicio en la elección.

Si la tendencia en la mayoría de los países de occidente, es de mantener un nivel de vida uniforme, dentro de la suave y necesaria gradación que da el orden e incluso la tradición nacional, lo es, porque esa actitud entra en el meollo del auténtico respeto a la persona, en el de su verdadera libertad individual y propia consideración, que da forma, sentido y trascendencia a la construcción social humana.

En aquellos ambientes, donde todavía pueda extrañar la supresión del privilegio (porque privilegio se puede llamar al hacer uso de una posición especial para conseguir una consideración, no profesional, sino simplemente humana superior a los demás, que coarta la libertad individual), la elección de Centro formativo, el consejo paterno y la libre elección de profesión, estarán enmascarados por la tendencia a conseguir ese privilegio; idea, dentro del vicio, muy explicable, pero que perjudica lamentablemente a la sociedad y es causa de fracasos personales, porque muchas veces, bajo el dominio de esa idea, se infravaloran o no se estudian, ni tan siquiera se consideran, las aptitudes.

Sin duda alguna, más que un simple bien material, asequible con frecuencia en ciertas profesiones técnicas especializadas, lo que se desea al inclinar a los hijos hacia una determinada profesión intelectual, es sencillamente, una consideración humana digna; por la razón de que la consideración humana fundamental no se ve resuelta en la educación ambiental como lo está a la altura de la civilización occidental de nuestro tiempo, dentro de cuyo espíritu es muy posible alternar, sin desdoro alguno de la personalidad, los más diversos oficios con el estudio, o ejercer, con estudios, estas mismas artes de un modo transitorio o permanente.

Esta mejora en la consideración humana, más que en la posición social, será la idea dominante mientras exista una estructura desnivelada del ambiente que ofenda la simple calidad personal. Cuando el desarrollo económico y cultural del país es evidente, cuando todas las profesiones gozan de respeto, de posición y oportunidades, no iguales, pero sí equivalentes, la elección puede hacerse objetivamente, de acuerdo con aptitudes o inquietudes. Cuando tal desarrollo no existe y además, quiere hacerse de las pocas profesiones necesarias al país subdesarrollado, situaciones de privilegio, la objetividad desaparece.

La existencia de tal criterio de ofensa humana, fué insinuada por S. S. el Papa Pío XII en su discurso a la juventud universitaria y a los laureados de la Acción Católica italiana, el 20 de abril de 1941, con las siguientes palabras: «Vuestra cultura, por alta que sea, no os hace, por sí misma mejores que vuestros hermanos que veis en oficios más modestos». Por otra parte, nuestro actual Pontífice, S. S. Juan XXIII, en su reciente documento señala de una manera clara la función desorientadora de la dudosa discriminación de valores, aún en los países avanzados: «No raras veces se echa de ver», dice, «que mientras se fijan compensaciones altas o altísimas por prestaciones de poco esfuerzo o de valor discutible, corresponden retribuciones demasiado bajas, insuficientes, al trabajo asiduo y provechoso de categorías enteras de ciudadanos honrados y trabajadores, y, en todo caso, sin proporción con lo que contribuyen al bien de la comunidad, o al rédito de las respectivas empresas o al rédito total de la economía de la nación».

No culpemos a la juventud de su desviación vocacional, señalemos las escasas necesidades de una sociedad que apenas ve la de la Investigación Científica y humana como base de su propio desarrollo y progreso, hacia el nivel alcanzado por las naciones que inves-

tigaron a tiempo; a la supervaloración de las pocas profesiones necesarias que debieran construir en trabajo callado y eficaz, con infravaloración de otras que no encuentran la adecuada compensación en la escasa de valores. Y lo que es peor, achaquémoslo a la estructura de las propias Instituciones docentes, en cuanto tienda a mantener todo ese estado de atraso y división social, haciendo el defecto radical; propagándolo a la sucesión de generaciones,

Mientras esto ocurra, no nos extrañe que las escuelas del Magisterio se despueblen, que las humanidades no crezcan, que las ciencias no progresen y las oportunidades se estanquen. Mientras exista la desproporción en la que los términos inferiores sean mínimos, no habrá elección objetiva; el estudiante eligirá, en el mejor de los casos, dentro de las Ciencias o las Letras, aquello que crea puede darle una seguridad, al que tenga pocas ambiciones, o al ambicioso un brillo.

Hoy se observa en los alumnos una gran tendencia a las carreras científicas y técnicas. Pero... será sincera? ¿Será sincera en una sociedad, que a pesar de sus pocos estudiantes de humanidades, es por tradición literaria, política y hasta si queréis jurista, creadora de libros y de retórica?

Quisiera recordar aquí las palabras pronunciadas por el Prof. Orts en las bodas de oro de la Asociación española para el progreso de las Ciencias refiriéndose a los actos celebrados en las bodas de plata:

«Por causas por mí ignoradas, que no sería ocasión de inquirir al cabo de tantos años, el resumen de los trabajos matemáticos que, al igual que el de otras secciones, había de ser efectuado en la solemne sesión de clausura presidida por SS. MM. los reyes Alfonso XIII y D.<sup>a</sup> Victoria Eugenia, no fué rozado siquiera por el autor del correspondiente discurso D. José Echegaray, quien en brillantísimos párrafos repletos de metáforas y sugestivas imágenes que a tan alto rango le condujeron como político y dramaturgo, limitóse a entonar un encendido canto a la Ciencia pura y aplicada en sus más variados aspectos».

¿Será auténtica esta tendencia actual a la Ciencia y a la técnica? O será simplemente una apetencia de plaza o de brillo, que no da la oscuridad del laboratorio ni la dedicación a los cálculos matemáticos, y que el propio Echegaray tuvo que buscar en la política o en la literatura?

En general, ni en nuestra tradición histórica, ni en nuestra ac-



tual situación social, hay indicio alguno de que el estudiante que acude a los Centros de Enseñanza superior, elija vocacionalmente; y si no es así, no extrañe que a la Institución docente no se vaya a buscar más que una posición, y muchas veces un privilegio.

Veamos ahora el origen del absentismo frente al valor formativo de las Instituciones docentes.

Hubo un tiempo, cuando todavía todo era universidad, que a ella se acudía para buscar plaza, al decir de entonces; hoy se diría empleo o cargo, y el absentismo estudiantil creado por aquel ambiente, todavía en vigencia, ha hecho que ahora se vaya, por lo general, a buscar un título que dé patente de empleo.

Esa actitud de la masa estudiantil, que acabamos de denominar de absentismo, tiene en España raíces muy profundas y causas muy antiguas; precisamente universitarias, mencionadas por Palacio Atard en su estudio sobre la Casta y la Cátedra:

Desde 1623, al fundarse la Real Junta de Colegios como una dependencia del Consejo de Castilla, quedó consolidada en España la que se llamó casta colegial, que convirtió los Colegios Mayores, fundados para impulsar los estudios universitarios y facilitar el acceso a las aulas de los estudiantes no ricos, en un centro hermético del que precisamente se excluyó a los no ricos; pero el detalle no queda ahí: «Las hospederías, señala el reformador Pérez Bayer (cuya sabiduría y buena fe nadie pone en duda, según Menéndez Pelayo), son y han sido la ruina de las Universidades y de la pública enseñanza»..., «porque ellas son un claro monopolio y estanco general de las Cátedras universitarias, de las plazas de los tribunales y de los demás empleos distinguidos del Reino».

El problema no quedaba circunscrito a las Cátedras universitarias, sino que, a través de ellas, llegaba a los diversos puestos de la Administración. «No pretenden ya las Cátedras para enseñar, ni los consejeros colegiales los consultarán para ellas con el fin de que enseñen. Unos y otros saben que han de ser catedráticos solo para proporcionarse con este oropel para las plazas, prebendas y obispados».

Todos estos alegatos vienen confirmados por la protesta, contra la reforma que se pretendía, elevada al Rey Carlos III por los Ministros excolegiales en 1771: «Con estas medidas», decían, «se hace también agravio a la nobleza, que tenía en los Colegios un recurso para los hijos segundos y terceros que quisieran destinar a las letras, las cuales ilustran con su nacimiento, y con el más cabal desempeño de los grandes empleos y cargos de la Iglesia y Monarquía».

Tal doble juego, es decir, el de la formación de una casta colegial y el de tomar las Cátedras como pedestal para otros cargos, originó el absentismo de los profesores, para quienes la Cátedra es un «preámbulo enojoso o un suplementario engorro», que hay que soportar. Así en el informe de 23 de marzo de 1773, se dice: «Era ya el estilo en Salamanca entre colegiales tomar posesión de la Cátedra y marchar luego a la corte a sus pretensiones, encargando de la enseñanza a un sustituto». Pero lo peor de ese doble juego fue que trajo consigo el absentismo de los estudiantes; de los que acuden a la Universidad como mero trámite, sin interés alguno de cultivo científico, profesional, ni de aprovechamiento, porque la práctica de turno y la antigüedad, y el uso de las hospederías, invitaron a la holganza de la casta privilegiada y frenaron los estímulos para adquirir la preparación científica mediante el trabajo; ya que los colegiales «se sentían igualmente seguros de un porvenir académico o administrativo y de un cómodo pasatiempo para alcanzarlo».

La reforma de Carlos III fracasó, porque el mal había calado muy hondo en la Nación, porque, de acuerdo con Palacio Atard, lo grave, «lo que implica un transtorno moral de incalculables consecuencias es que los viciosos hábitos sean admitidos como norma ordinaria», y así lo fueron durante mucho tiempo en España, de acuerdo con los datos históricos,

La reforma de Carlos III fracasó, y realmente no puedo afirmar si aquel espíritu defectuoso de tres siglos, que acomodó los centros de enseñanza superior al servicio material de una casta dominante, descrito con las anteriores palabras, calaría muy hondo en el estilo de nuestro país; pero de lo que sí estoy seguro, es de que, sea por lo que fuere, quizás exista en muchos universitarios o futuros universitarios de hoy un residuo de ese absentismo. Algunos ven todavía en ciertas carreras un trámite burocrático que habilita administrativamente para ejercer un despacho. Tomadas así las cosas, no es de extrañar que quienes con base económica suficiente acudan a esos estudios, lo harán con poco espíritu y no hallarán a través de la carrera más que obstáculos a salvar. Esos grupos serán base muerta que dificulta en alto grado la labor del profesor y estarán totalmente a espaldas de la entraña formativa de la propia Universidad.

Todo Centro de Enseñanza Superior tiene que contar con esas desviaciones, con una base de desorientación. La evolución, el pro-

greso económico del país, las irán rectificando. Pero no se puede esperar a que la sociedad se convenza, es necesario contribuir fundamentalmente a esa convicción. Su destrucción debe ser tan radical como lo fué su origen; si el vicio surgió en la educación, debe destruirse con otra formación, desligada del servicio material a la sociedad actual, para acomodarse a las verdaderas necesidades de esa sociedad.

Pero toda corrección debe ser positiva; no debe usarse de pruebas deshumanizadas, muchas veces aleatorias; ni contrarrestar la falta de espíritu mediante una desesperada y absurda acumulación de asignaturas que cree, en el mejor de los casos, una carrera de obstáculos, dando la razón a la evasión.

El sistema de corrección no debe ni conducir al *fracasado*, ni dar lugar a la evasión. Si el fracaso lo crea el sistema de enseñanza o de control, es necesario sustituirlo por otro control que lo *evite* y, en consecuencia, tenga la virtud de orientar y observar la afición del estudiante, e incluso, si es preciso, despertarla. Este fué el espíritu de la *selección*. Selección que contaba con el valor humano del profesorado, con la coordinación que condujera a la rectificación, y para eso, debiera haber contado también con una universidad *entera*, organizada según las ramas del conocimiento, que llevaran, al final, a la aplicación especializada.

A la Universidad, a la Enseñanza Superior, en general, tiende a ir una masa de estudiantes, que quizás por las circunstancias sociales y de tradición que venimos tratando desde el principio, no tiene verdadero espíritu de estudio. La selección debe tender a crear ese espíritu, sin limitación; precisamente ha venido a destruir otras limitaciones ajenas a la Universidad, y ajenas también al espíritu de la enseñanza. Y si la *exclusión* se hace necesaria, debe procurarse que sea *mínima* o sustituirla por una orientación hacia especialidades más adecuadas al carácter del sujeto.

Lamentaríamos mucho que una selección así establecida, más en el orden de los principios educativos, que en el de los hechos de aislamiento y defensa de lo indefendible, cayera de nuevo en el grave defecto clasificativo, eliminando la base común de coincidencia humana entre los distintos sectores de la Ciencia y la Técnica, que hemos probado como esencial. Amplíese cuanto se quiera, pero jamás se clasifique en la raíz, se caería en el vicio secular del encasillamiento, con grave perjuicio en el engranaje profesional. Las profesiones deben diversificarse del tronco, nunca retoñar desde la raíz.

que nutre de savia humana cuanto debe desarrollarse en beneficio de cada uno y con la comprensión de todos.

La Universidad actual, en medio de sus defectos, no ha caído desde hace tiempo, por su iniciativa ni de un modo irreparable, en el error básico de clase, ni ha renunciado a la universalidad de su misión docente; y si al fin se ha impuesto la selección, precisamente para organizar su docencia sobre una base de coincidencia de conocimientos, no lo ha sido a base de números, de limitaciones numéricas; por lo menos en cuanto a las carreras científicas y técnicas atañe en las Facultades de Ciencias, sino por conocimientos básicos y a través de la docencia. Ojalá la docencia pudiera graduarse con el establecimiento de la función tutorial, organizada mediante la extensión y gradación del profesorado, tratando de dar a la selección un valor positivo, fomentando el interés, buscando la aptitud, ejerciendo el consejo y afirmando las voluntades para mantener el interés y el desarrollo de la aptitud. Ojalá la Universidad recobrara su poder creador para ofrecer amplio campo a la aptitud así descubierta y fomentada; unidad para la orientación, y su independencia para corregir de raíz los defectos no tan antiguos como para ser atribuidos a la raza, sino a un error educativo radical, que la típica capacidad racial de resistencia convirtió en costumbres.

Recientemente, la National Union of Students inglesa, ha formulado una petición, en forma de memoria, en la que previamente se informa que las clases están con frecuencia «ill-prepared» y malamente presentadas, llevando a los más de los estudiantes a un estado de tedio. Abogan por cursos de técnica de la enseñanza para el personal de la Universidad y solicitan mayor número de seminarios y lecciones tutoriales, ya que consideran que la clase debe tender hacia una completa discusión de los puntos de interés, más que a una exposición de materias que se pueden obtener en los libros.

Todo este alegato no significa más que el deseo de salir de la enseñanza pasiva, para atender a la participación activa del alumno, es decir, a la *enseñanza individual*, que no significa particular ni privada, sino con participación del individuo como elemento básico de la enseñanza. Esto requiere fundamentalmente extensión y diversidad en el profesorado. Y si en Inglaterra, donde tal extensión y diversidad se tiene en cuenta, todavía deja sentirse la necesidad de la individualización, ¿qué será en aquellas Universidades de profesorado prácticamente unitario?

Necesitamos extensión, necesitamos profesorado para individua-

lizar nuestra enseñanza, y especialistas para diversificarla profesionalmente. El problema de los especialistas va solucionándose gracias a la colaboración de la Investigación Científica, pero el profesorado, aún hoy, tiene que reclutarse entre la barahunda de profesiones diversas, como si no tuviera profesionalidad o como si se tratara de una profesionalidad marginal.

No sabemos por qué (en todo caso preferiríamos que nuestro conocimiento no llegara a alcanzarlo), la juventud no se interesa por la profesión docente; ni por qué, los Centros que clásicamente conducían a ella, prefieren la dirección de otras profesiones; pero creemos firmemente, que mientras el problema de la formación de profesorado, en sentido técnico y humano, como profesión sería, no se aborde, no podrá resolverse ningún problema educativo, ni llegarse a ninguna acción social, científica o técnica bien organizada.

Muy acertada ha sido la medida de dotar a las Universidades de doctorado, fase esencial en la formación de los mejores, de los que a través de los conocimientos fundamentales se ha ido interesando por una rama de la Ciencia; fase en la que la formación individual puede desarrollarse en su grado máximo; donde con entera libertad se aprende a profesar la ciencia; se vive la ciencia y las dificultades de su método; se vive y se convive con los éxitos y los fracasos entre alumno y profesor, se templan los espíritus, se admira el ánimo y la constancia del hombre ante el problema, ante la incógnita de cada día; se hallan soluciones, se contrastan criterios, se aprende a colaborar y surge la amistad. En este período, profesor y alumno se confunden y de él sale o un nuevo profesor, o alguien que sin intención de serlo, tiene el sello que le habilita como hombre y profesional para enfrentarse solo con sus problemas.

Ha sido esta extensión del doctorado puesta en práctica, aún con las restricciones que aconsejó la prudencia de los primeros años de vigencia de la actual Ley de Ordenación Universitaria, la que de una forma sistemática y extensa, logró interesar a buen número de alumnos y aplicar la labor de seminario, en sustitución de la conferencia pública, en el método formativo de nuestras Facultades. Han sido muchos los laboratorios que se han fundado, tantos, que hacían pensar que estábamos trabajando para un futuro lejano, y en cuanto estos laboratorios y seminarios representaban un cambio en el método de enseñanza, en cuanto eran fruto de un criterio de servicio docente, se han visto llenos de alumnos interesados que han creado un clima de estudio y han regenerado el concepto de corpo-

ración estudiosa en la Universidad. ¡Es tanto, señores, lo que se puede lograr dando a las entidades docentes poder creador!

Sin embargo, la labor está solo iniciada. Es necesario extender este espíritu desde la raíz, desde la selección. Es necesario que a partir de ahí, los escolares tomen parte activa en su propia enseñanza; es necesario que la enseñanza en las Universidades modernas, regenerando el espíritu primitivo, vuelva a ser individual en todos sus aspectos; a eso se tiende, pero esa tendencia no está exenta de graves dificultades que muy pocos escolares entienden.

¿Sabéis cuánto cuesta o debiera costar la formación de un químico, de un ingeniero, de un abogado, de un médico? No, sin duda no se sabe, y ahí está el inconveniente; quien no sabe lo que cuesta, no sabe valorar lo que recibe y quien al formarse no valora, porque no le cuesta, cuando se enfrenta con la realidad no se encuentra formado para afrontarla, se sorprende, y a veces conduce, por esa ignorancia, al fracaso su propia empresa.

Si es cierto que debemos extender al máximo la enseñanza, dándole a la vez cariz individual y social, es consecuente que debe hacerse con intervención directa del individuo y aún gravitar sobre él. Este problema es todavía de difícil solución, pero la extensión de las ayudas sociales, la auténtica incorporación social del estudiante, debe ser un motivo serio de estudio, y en todo caso debe incluir las ineludibles aportaciones personales dentro de lo posible.

En cuanto a la individualización, en cuanto a la acción tutorial y a la extensión para la eficacia, requerimos la solución del problema del profesorado intermedio. La solución de este aspecto sería la aportación más laudable que, en el presente momento de la Universidad, podría sumarse a los medios logrados para su regeneración y actualización.

Manifestada la necesidad, no podemos abandonarnos a la inacción esperando la solución; debemos mostrar capacidad de solución, inquietud por la solución. Inquietud entraña disconformidad y deseo, disconformidad con algo que se cree injusto, caduco, ineficaz o inoperante, y deseo de movimiento, de transformación hacia la perfección. Algunas veces también deseo de conocimiento, de aclaración, de definición sincera de una razón.

No sea nuestra inquietud una inquietud oscilante o circular; sea una inquietud con esperanza, es decir con superación; con nuestra propia superación, con la de nuestra estructura difusa y dividida. Unanse esfuerzos de Facultades, de Colegios Mayores, tanto esta-

tales como privados, relaciónense los medios actuales, prescindiendo de prejuicios para lograr un mayor aprovechamiento dentro del sacrificio. Para que con la realidad se convenza, de cuanto sea necesario convencer para conseguir.

*Castell-Llach, Alella, agosto de 1961.*

Durante el curso que terminó, pasaron a nuestro recuerdo, las figuras de D. Víctor Escribano García y de D. Antonio Gallego y Burfín; D. Víctor, Catedrático jubilado de la Universidad en su Facultad de Medicina, desbordó los límites de una brillante acción profesional y docente, para cubrir un amplio sector de la vida local durante un dilatado período; D. Antonio Gallego y Burfín, surgió de la vida local para darle proyección nacional y aún universal, desde la Dirección General de Bellas Artes, pues el estilo de una ciudad secular y el delicado cariño que su arte y su aire lograron infundir en el alma sensible, se tradujeron, por su voluntad, en ejemplar aportación al sentido cultural del conjunto nacional, que supo, a su vez, enriquecer con la introducción de valores artísticos universales.

En el último mes de diciembre, se jubiló el Catedrático de la Facultad de Derecho y Vicedecano de la misma, D. José Bernal Montero, que deja en el Claustro la estela de su bondad, de su consejo y ejemplo sacerdotal.

Por traslado a la Universidad de Madrid, deja nuestro Claustro, el Catedrático de Derecho Político, D. Luis Sánchez Agesta; su mejor elogio se deduce de quedar para su misma Cátedra uno de sus

discípulos, D. Francisco Murillo Ferrol, Catedrático ya con anterioridad en la Universidad de Valencia, elevándola así a la categoría de Escuela.

A la misma Universidad, en su Facultad de Farmacia, se trasladó nuestro colega, D. Angel Hoyos de Castro, cuya actividad y dotes de organización quedarán como marca indeleble de su colaboración en esta Universidad y de su labor de dirección desde el decanato de la Facultad de Farmacia.

De nuestra Facultad de Derecho a la de Barcelona, para profesar la Cátedra de Derecho Internacional, se ha trasladado D. Manuel Díez de Velasco, cuya inquietud e impulso universitario han sabido crear un ambiente.

Tras brillante oposición, desempeñará la Cátedra de Lengua Latina de la Universidad de Madrid, nuestro colega, D. Sebastián Maríné Bigorra; cuya solidez de pensamiento, su entusiasmo cultural y docente, conquistaron aquí un amplio sector de la vida universitaria.

Para ejercer la Cátedra de Estadística de la Universidad de Barcelona, deja nuestra Facultad de Ciencias, D. Francisco de Asís Sales Vallés. Su espíritu de trabajo, la llaneza de su trato, su prudente consejo, la sensatez de su realismo; sus cualidades humanas de comprensión, corrección y auténtico sentido de la modestia, dejarán profundas huellas de su paso por esta Universidad.

A nuestra Facultad de Ciencias, se incorpora, a través de brillante oposición, la Dra. D.<sup>a</sup> Asunción Linares Rodríguez. Tanto de su reconocida y ejercitada competencia, como de sus cualidades humanas y espíritu de colaboración, esperamos la continuidad y unidad de nuestra Sección de Geológicas, nacida bajo el signo de la eficacia profesional y en entronque auténtico con los principios dirigentes de una Facultad que tiende a lograrse.

Para ejercer la Cátedra de Historia del Arte de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, ingresa en esta Universidad, procedente de la de Oviedo, D. José Manuel Pita Andrade, y para la de Otorrinolaringología de la de Medicina, D. Jaime Marco Clemente, de quienes esperamos la eficaz colaboración que sus dotes personales y docentes, marcadamente dejan traslucir.

HE DICHO.